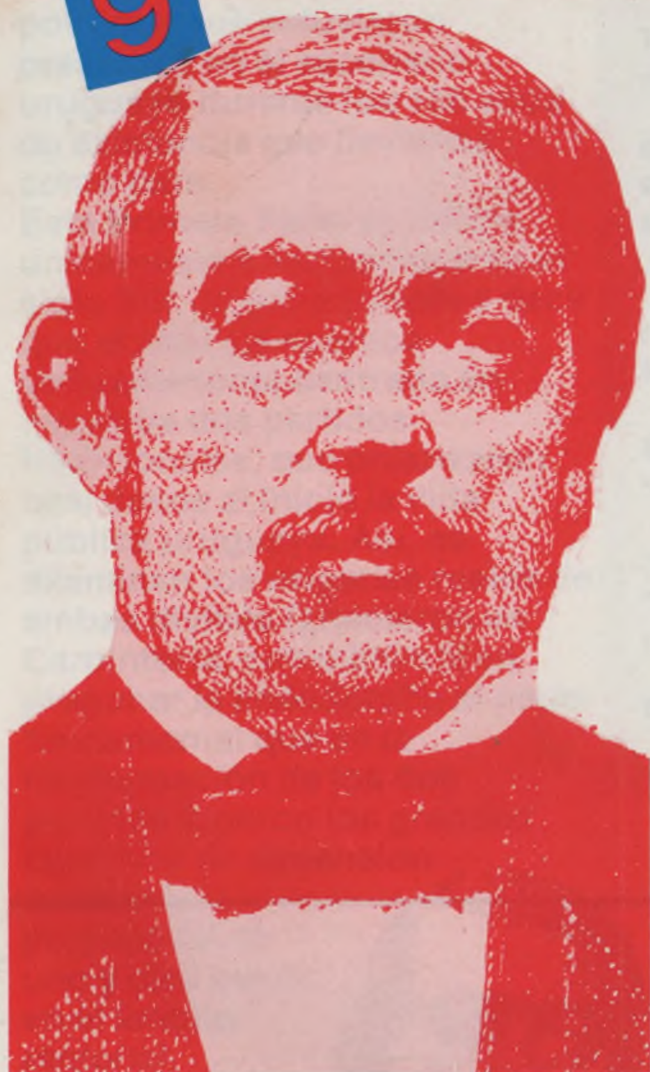
BASES DE LA HISTORIA URUGUAYA

9





Fernando Aparicio

LOS PARTIDOS POLITICOS

1era. Parte

DIRECCION GRAL.: **MILTON SCHINCA**
EDICIONES: **"las bases"** N$220

NOTICIA DEL AUTOR

Fernando Aparicio es profesor de Historia egresado del I.P.A. (1980).
Realizó estudios de Historia Contemporánea y de América Latina en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México), 1982-1985.
Profesor de Historia Nacional en la Escuela del Servicio Social del Uruguay, 1977.
Profesor de Historia Universal a nivel bachillerato (México), 1981-1986.
Trabajos publicados: "El federalismo porteño o la agonía del federalismo", revista "Trova", 1981.
"Basilio Muñoz, caudillo blanco entre dos siglos", ARCA, 1984.

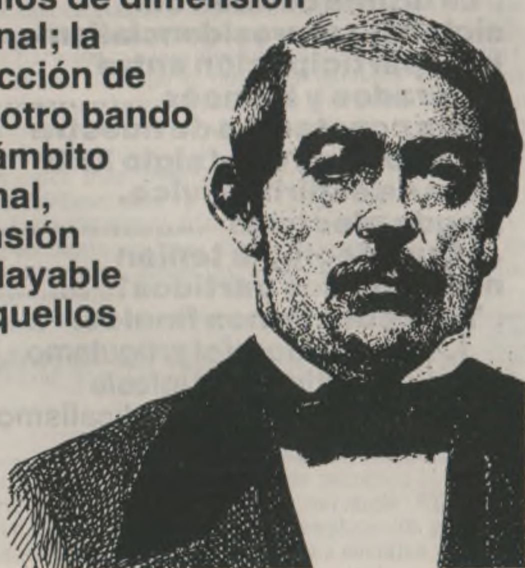
Dirección: **Milton Schinca**
Coordinación: **Alejandro Schinca**
Realización gráfica: **Cibils**
Ediciones: "las bases"
Sarandí 356 Esc. 11. Teléfono: 95 68 46
Queda hecho el depósito que marca la ley.

En la elaboración del Plan de esta colección colaboraron con la Dirección los profesores
Andrea Daverio, Roger Geymonat, Cristina Martínez,
Rodolfo Porrini, Cecilia Revello, Alejandro Sánchez, Alexis Schol
Carlos Alcoba .

BLANCOS Y COLORADOS EN NUESTRO TUMULTUOSO SIGLO XIX



En este Fascículo comenzamos el estudio de uno de los temas capitales de nuestra historia: la actuación de los partidos políticos que estuvieron presentes en el escenario uruguayo durante los 160 años de existencia que llevamos como país.
Esta Primera Parte se refiere únicamente a los partidos en el siglo XIX, lo que equivale a decir que el análisis aparece obligadamente centrado en nuestros dos partidos tradicionales, que polarizaron casi desde el inicio la vida pública uruguaya. Así, se examinan los orígenes reales de ambas divisas (¿nacieron en Carpintería, como insiste en pregonar la anécdota?); el papel fundamental que en la conformación de los dos partidos jugaron los grandes caudillos de dimensión nacional; la proyección de uno y otro bando en el ámbito regional, dimensión insoslayable por aquellos días;



su modo de enfrentar a los grandes poderes europeos que tanto gravitaron en la vida oriental de las primeras décadas, etc. Se verá dibujarse asimismo la oposición entre caudillos y doctores, característica de los dos partidos por igual; se examinarán por último las tentativas fallidas de superar las divisas mediante la fundación de nuevas corrientes o tendencias, que invariablemente tuvieron efímera vida.
No se encontrará en este trabajo la enumeración casi siempre tediosa de nombres, fechas, hechos bélicos, presidencias, revoluciones. Lo que se ha buscado es el análisis de las actitudes y posturas que adoptaron nuestros partidos ante los grandes acontecimientos que marcaron nuestra historia. Tampoco se ha perseguido el enjuiciamiento de

caudillos o equipos dirigentes, sino más bien la explicación de sus móviles, objetivos y valoraciones dentro del campo de fuerzas sociales y económicas en que se movieron.
En suma, se ha procurado que nuestros dos partidos aparezcan durante toda la centuria pasada con su perfil distintivo —sus puntos de contacto tanto como sus oposiciones drásticas—, a través de la exposición y examen de los hechos que debieron protagonizar, y del pensamiento y la palabra de sus figuras representativas.



INDICACION A LOS LECTORES

El estudio contenido en este Fascículo, así como los que habrán de venir, dan por sentado en el lector el conocimiento de los fascículos 1 a 8 de esta Colección, donde se expuso en forma ordenada el desarrollo cronológico de nuestra historia. En el caso particular de los partidos políticos en el siglo XIX, debe prestarse especial atención a los fascículos 2, 3 y 4.

El origen de nuestros partidos tradicionales

Algunas precisiones iniciales

¿PARTIDOS O BANDOS?
¿SE ENFRENTARON PROYECTOS DE PAIS?
LA IMPORTANCIA DE LOS CAUDILLOS

Hablar sobre los partidos políticos uruguayos en el siglo XIX, implica enfrentarse a dos problemas por lo menos. En primer lugar, debemos olvidarnos un poco del concepto moderno de partido político. Las categorías a manejarse serán necesariamente diferentes a las actuales.

En segundo término, resulta obvio que el estudio de nuestros partidos políticos en el siglo pasado nos remitirá de contínuo a la historia general del país. Pero de ésta solo abordaremos aquellos aspectos que sirvan a la comprensión del presente fascículo.

Nuestros "partidos" no son, a lo largo de la pasada centuria (por lo menos hasta las postrimerías del siglo), partidos propiamente dichos; deberemos acostumbrarnos a otro concepto: el de "bando", aunque por hábito sigamos refiriéndonos a partidos.

Pero cabe también otra precisión inicial: nuestros partidos o bandos no surgen en el momento en que suele marcarse su aparición (durante la presidencia de Manuel Oribe 1835-38); en realidad, su origen es bastante más lejano.

Finalmente, una última advertencia. Ligados como están nuestros partidos al fenómeno del caudillo –aunque, como veremos, no son reductibles a él–, será necesario detenernos en la realidad caudillista y en su evolución.

En ningún momento se enfrentaron u opusieron lo que hoy llamaríamos "proyectos de país" diferentes. Incluso desde el punto de vista ideológico, las divisiones (por ejemplo la que opuso al gobierno de la Defensa y al Cerrito en torno al papel que en América cumplían las potencias europeas), no resultaron a la postre categóricas, en la medida en que el liberalismo fue el común marco de referencia (al menos para los núcleos doctorales de ambos bandos).

Incluso se ha definido a nuestros partidos como una suerte de "hermandades" gestadas a través de un vínculo afectivo con su conductor. Así lo fueron sin duda en un principio. Aunque junto a lo afectivo también operaron otros elementos más tangibles. Escogemos, pues, una de las tantas definiciones posibles para caracterizar al "bando": falta de organicidad; falta de cuadros estables; dirigencia oscilante y difusa; carencia de una estructura de sostén; debilísimos y tenues ingredientes racionales en sus respectivos perfiles.

Cómo y por qué aparecen los caudillos.

Decíamos que una de las líneas que recorren la historia de nuestra vida política a lo largo del siglo XIX, es el fenómeno caudillista. Las formas de explotación ganadera durante la colonia, y también las formas sociales y hábitos mentales a que dieran lugar, son los auténticos gérmenes del caudillismo y del caudillo.

En estancias que contaban con numerosos "puesteros" y "agregados"; en un medio de por sí peligroso, dada su escasa población y la ausencia efectiva de representación del estado español; territorio fronterizo plagado de elementos no "reducidos" (contrabandistas, faeneros clandestinos, grupos indígenas, etc.); en un medio de estas características, la vinculación personal no es un hecho caprichoso. De la benevolencia de un "hombre fuerte" puede depender una forma de sobrevivencia (para un puestero o agregado), el usufructo de una extensión de tierra sin título legal (para los llamados "ocupantes"), o la propia vida (para todos).

Junto a lo anterior, puede citarse otro elemento explicativo de la fuerza y durabilidad del fenómeno. La difícil coexistencia de las realidades, de dos mundos (el de la ciudad –casi sinónimo de Montevideo– y el de la campaña), sólo pudo funcionar gracias a un puente, a un nexo tendido entre ambos: el caudillo.

Sólo la existencia de quien podía entenderse con gauchos y peones, con la misma soltura que lo hacía frente a un doctor de abolengo o a un diplomático europeo, tornó vialbe el "diálogo" de esos mundos opuestos. Como se ha dicho: "para dominar a la ciudad, tiene la fuerza del territorio; y ante el territorio, tiene la representación de la ciudad". (Zum Felde).

Nuestros caudillos, estructurados en una verdadera pirámide en cuyo vértice tenemos al caudillo de prestigio nacional, seguido por los de alcance regional o meramente local, fueron elementos protagónicos de la historia partidaria del siglo XIX. La secuencia se abre con Artigas y se cierra en 1904 –verdadero fin de nuestro siglo XIX– con Aparicio Saravia.

El problema de la tierra y el surgimiento de nuestros dos partidos.

Durante el levantamiento oriental de 1811 –la llamada "admirable alarma"–, la constelación de caudillos locales y regionales procuró incluir desde ricos hacendados sin título, arrendatarios y medianeros en conflicto con grandes latifundistas, pequeños hacendados y capataces, hasta peones y hombres sueltos. Se catalizaban así las carencias y contradicciones emanadas del latifundio colonial. (Fascículo 2).



Uno de los más discutidos caudillos de dimensión nacional: Venancio Flores.

ARTIGAS Y EL CAUDILLISMO

La puesta en práctica por Artigas del Reglamento Provisorio de 1815, no sólo tuvo inmediatas consecuencias sociales y políticas, sino que también apuntó –consciente o inconscientemente, poco importa– a alterar el significado profundo del basamento caudillista. "Artigas y Monterroso comprendieron que el llamado 'arreglo de los campos' no era un problema de cualquier relación entre los hombres: el libre, democrático e igualitario acceso de los hombres a la tierra sólo se lograría con la liquidación de las relaciones de subordinación personal entre los hombres". (De la Torre, Rodríguez, Sala).

Por lo mismo, la derrota definitiva del proyecto artiguista, en 1820, implicó también liquidar esta única, excepcional y no repetida oportunidad de modificar cualitativamente el sustento y sentido de la adhesión caudillista.

QUE HACER CON LAS TIERRAS ENTREGADAS POR ARTIGAS

El afán de "restauración" social que animó a la clase terrateniente afectada por la política artiguista, es un elemento de peso –aunque no único– para entender la actitud traidora del Directorio porteño ante la invasión portuguesa de 1816, y la francamente sumisa y entreguista de las autoridades montevideanas ante el mismo hecho. La mayor parte de esa clase residía en Bs. As. o en nuestra amurallada "San Felipe y Santiago".

Las autoridades cisplatinas, con Lecor al frente, comprendieron que en torno a la cuestión de la tierra había que andar con cautela. Si se desconocían súbitamente las donaciones artiguistas –intención última de las autoridades portuguesas, primero, y brasileñas después– el dominio alcanzado sobre la campaña en 1820 podía esfumarse. Había que transar, no innovar en lo inmediato, declarar a los donatarios artiguistas "poseedores de buena fe", y permitir que el tiempo y una acción judicial lenta pero implacable terminara con ellos sin levantar muchas resistencias.

Desde otro punto de vista, también era difícil y angustiosa la situación de esos donatarios. El exilio del "protector" en tierra paraguaya –aunque no sentido entonces como definitivo–, clausuraba en lo inmediato toda posibilidad de resistencia ante el ocupante. Había que asegurarse de alguna forma el usufructo de ese pedazo de tierra y de esas cabezas de ganado que garantizaban la subsistencia. Quien se los garantizase, aun precariamente, contaría con su apoyo.

EL SURGIMIENTO DE RIVERA COMO CAUDILLO NACIONAL

Desembocamos así en el acuerdo de "Tres Arboles", verdadero trampolín que proyectó con fuerza y persistencia el prestigio de Rivera en la campaña oriental.

Según los términos de este acuerdo, el último de los lugartenientes de Artigas que operaba en la campaña de la provincia luego del desastre de Tacuarembó (enero del 20), deponía las armas, se transformaba en "Comandante General de la Campaña" al servicio portugués, y lograba lo siguiente: "no se haría novedad en las propiedades, fueros y provilegios de los pueblos del distrito". (Citado por T. Melogno).

Tenía, pues, en sus manos una carta insustituible para afirmar su prestigio. La mayor parte de los otros lugartenientes estaban fuera de la escena, muertos, dispersos o prisioneros, como su compadre Lavalleja, por entonces recluido en Isla das Cobras, en territorio brasileño.

¿QUE PODIAN HACER LOS BENEFICIADOS POR ARTIGAS?

La "Cruzada" del 25 contó con un amplio respaldo popular porque engendró esperanzas para regresar a la política agraria de 1815. Sin embargo, no fue ése el ánimo que anidó en las distintas autoridades y órganos de gobiernos patrios de nuestra segunda revolución de independencia. Era aquella intención "restauradora" antes mencionada la que tenía vigencia.

Los jueces consideraban en esta forma los títulos artiguistas: "La despreciabilidad que caracteriza a los indicados documentos (hace) inútil que el ministerio se ocupe en su impugnación ni por un solo momento". (Cit. por Machado).

¿Qué camino podían recorrer entonces los afectados? O una "revolución en la revolución" –para lo que faltaba un caudillo identificado con ella y un programa movilizador (caro pagan los pueblos una derrota como la de 1820, que los privó de ambos)–, o nuevamente la protección de los caudillos. A ellos recurrieron.

En 1829 un grupo de viejos donatarios artiguistas se dirige a Lavalleja en estos términos: "En este caso de desgracia, tomamos todos por última medida el partido de elegirlo a V.E. sobre esta materia, por nuestro protector. Esperamos su contestación como una severa sentencia de existir felices o concluir desastrosamente no dudando que admitiendo V.E. ser nuestro apoderado, como le contamos desde ahora, no atropellarán nuestros derechos como lo han hecho". (cit. por J. E. Rodríguez).

Acotemos que desde el acuerdo de Tres Arboles, idéntica función cumplía Rivera frente al poder cisplatino, y por supuesto, frente a los gobiernos orientales posteriores a 1825.

Ya no estaba Artigas para defender las tierras que les había donado a sus paisanos.



APARECEN NUEVOS OCUPANTES DE TIERRAS

Pero el problema admitía otra variante. La desmovilización militar que sigue a la "Convención Preliminar de Paz" de 1828, arroja sobre la campaña una nueva oleada de ocupantes. Son los jefes, oficiales y soldados orientales del ejército republicano comandado por Lavalleja, y los del ejército que operó en las Misiones bajo órdenes de Rivera. Vienen con grandes cantidades de ganado arreado desde territorio brasileño, y jefes y oficiales cuentan también –en distinta medida– con el apoyo humano y militar para hacerse de una extensión de territorio con que alimentar sus tropillas.

Muchos de los grandes denunciantes de tierras y los poseedores con títulos imperfectos, comienzan a competir por las tierras o por las mejores de ellas: las "rinconadas" en ríos y arroyos.

LOS CAUDILLOS ACAPARAN TIERRAS

Paulatinamente los caduillos dejan de ser simples protectores y árbitros. "El gran caudillo es un insaciable acaparador de tierras y un hombre para el cual la revolución ha descubierto la contundencia del poder como fuente de redistribución de la propiedad. Acaparar tierras en una sociedad de lobos, supone poseer la mejor dentadura y el colmillo afilado. Rivera y Lavalleja ocupan y se dicen propietarios de más de cien leguas cuadradas de tierras... Su séquito personal les provee de los hombres necesarios para confirmar la posesión material de sus inacabables latifundios; sus usureros afectos de las onzas necesarias para comprar ganados, tierras, adhesiones". (De la Torre, Rodríguez, Sala).

Por eso, alzado en armas el caudillo protector, será inevitable que concite el apoyo de una amplísima gama de "protegidos". Esto acarreaba una lógica implacable. Los que resultasen derrotados –caudillos y seguidores– perdían sus tierras y ganados. O eran simplemente confiscados por el vencedor, o ante la inminencia de la derrota debían venderlos –mal venderlos– a "vil precio".

Así planteadas las cosas, existía una irresistible tentación a la revancha, y un factor reforzador del prestigio caudillesco (tanto entre los derrotados como entre los vencedores del momento).

Se delinean dos núcleos caudillistas: Rivera de un lado, Lavalleja del otro.

La década que va de 1820 a 1830 ha marcado dos grupos de matriz caudillista bien diferenciados con sus respectivos núcleos doctorales: Rivera, "colaborador" cisplatino a partir de marzo del 20; Lavalleja, prisionero por entonces. Lavalleja y Oribe (primer punto claro de unión entre ellos), se comprometieron a fondo en la intentona revolucionaria de 1823, la de los "Caballeros Orientales", a la que Rivera se opuso. Un año antes, en 1822, cuando en la Cisplatina se produce la fractura entre "aportuguesados" y "abrasilerados", Oribe se habría inclinado por los primeros y Rivera por los segundos (la posición de Oribe se explicaría por el posible papel a jugar por los "aportuguesados" en un plan liberador, como efectivamente lo jugaron en la conspiración del 23).

En la Cruzada Libertadora –1825–, encontraremos juntos una vez más a Lavalleja y Oribe desde el inicio –organizando la expedición desde Bs. As.– mientras que la adhesión de Rivera fue forzada en el polémico episodio del arroyo Monzón. Cuando en 1828 Rivera emprende la campaña de las Misiones –con la abierta desaprobación de Lavalleja, por entonces Jefe del Ejército Republicano (argentino-oriental), es Manuel Oribe quien intenta detenerlo (le llega a fusilar los chasques).

Por último, la primera presidencia sería disputada por Rivera y Lavalleja, en un proceso que, antes del "acuerdo de los generales" el 18 de junio de 1830, nos colocó al borde de la guerra civil, a tan solo un mes de la consagración constitucional.

El período inmediatamente posterior (presidencias de Rivera 1830-34 y de Oribe 1835-38) reproduce tales alineamientos, con la excepción importante del momento en que Oribe, durante la gestión gubernativa de Rivera, actuó como su Ministro de Guerra. En 1832, 1833 y 1834 tenemos los fallidos levantamientos lavallejistas.

A raíz de ellos, el gobierno de Rivera emitió "...decretos de fusilamiento de setiembre y octubre del año 32 y del mes de febrero del 33. Penas acompañadas, por supuesto, de la confiscación de los bienes". (Machado).



Lavalleja, como los demás grandes caudillos, acaparó tierras para sí.



Manuel Oribe, polo de uno de los dos núcleos caudillistas en que se dividió el país.



COMO EXPLICAR LA OPOSICION LAVALLEJA - RIVERA

Resumamos. ¿Cuáles son los ejes de esta oposición? Ambición personal, sin duda; ofensas y resentimientos recíprocos; actitudes políticas opuestas; presión de los respectivos grupos "protegidos" (y las ambiciones de sus integrantes). "El político que lograba instalar en el aparato a su grupo familiar (cargos, jubilaciones, pensiones civiles y militares, indemnizaciones por perjuicios de guerra, etc.), alcanzaba, para el conjunto, un ingreso casi tan elevado como el de un estanciero propietario de varios miles de cabezas de ganado, y, evidentemente, un prestigio social nada desdeñable". (Luis C. Benvenuto).

Además de estos factores, algunos autores señalan las diferencias de caracteres entre los dos caudillos. También ellas existieron y fueron marcadas e importantes:

"Lavalleja es rígido, autoritario, conservador. Rivera es flexible, liberal, humanitario y de buen humor; en la acción 'se duebla pero no se rompe'. Lavalleja es honrado hasta la tacañería y Rivera gastador hasta el despilfarro; éste es la liberalidad llevada a veces al desborde, y aquél el orden llevado hasta el despotismo". (Zum Felde). Aunque algunos matices y calificativos parecen discutibles, el cuadro general resulta acertado. Digamos que las cualidades de Lavalleja serán también las de Oribe.

Puede ubicarse con cierta precisión el momento en que Oribe se convierte en heredero del lavallejismo, en jefe de ese pre-partido (bando, en realidad) que todavía no tiene denominación, pero que ya lleva tras de sí más de una década de cierto perfil definitorio: a comienzos de su gobierno en 1835, Oribe decreta el indulto para los lavallejistas que se habían rebelado contra Rivera. Implicaba el cese de los destierros y, por supuesto, el fin de las confiscaciones.

La política argentina y su repercusión en nuestros dos bandos.

Pasemos ahora a ver las repercusiones de la política argentina en nuestro territorio, en esta etapa de esbozo de los bandos.

ARGENTINOS Y ORIENTALES SE MEZCLABAN

De los muchos ejemplos y razonamientos que existen para explicar la mezcla, la combinación, o –como se le llama habitualmente– la conmixtión de los asuntos orientales y argentinos, elegimos los siguientes:

"Es bueno expresar aquí, no obstante, que a lo largo de casi veinte años desde la insurgencia inicial, junto a tales elementos de dispersión y enfrentamiento actuaron múltiples vínculos de unión. El campo de acción de los hombres de la época no veía un límite en el Río de la Plata o el Río Uruguay. Orientales votan como porteños en la reunión de 'la parte más sana del vecindario' el 22 de mayo de 1810; son ministros y legisladores, soldados y jefes distinguidos los que llevan hasta el Perú la bandera bicolor. Y hay porteños que enarbolan la insignia oriental, se afincan para siempre en nuestro suelo, son legisladores, jueces, constituyentes. El primer gobernante del Estado Oriental que emerge en 1828, es el porteño José Rondeau , como expresión, quizá, de una relación profunda que se entrelazaba en comunidad de sangre, abigarradas parentelas, concretos intereses compartidos y una vecindad extraordinariamente receptiva a los problemas de una y otra banda..." (Traibel).

Lo que aquí se dice para los porteños, podemos con tranquilidad extenderlo a los argentinos en su totalidad. Anotemos también, desde ya, que la conmixtión se proyectó con fuerza diversa por espacio de varias décadas, más allá de nuestra independencia política formal y del surgimiento mismo de nuestros partidos.

HACENDADOS BONAERENSES EN NUESTRO PA5S

Nuevamente aparece la cuestión de la tierra, ahora vinculada al nexo de los asuntos orientales y argentinos. Muchos ricos hacendados bonaerenses poseían estancias en esta banda del Plata, todas ocupadas por gente que tenía títulos diversos o carecía de ellos. Casi todos estaban por entonces fuertemente relacionados al rosismo, es decir al partido federal porteño liderado por Juan Manuel de Rosas. (Fascículo 3).

Esos hacendados financiaron la Cruzada del 25, rodearon a Lavalleja y esperaron de él el reconocimiento de sus derechos en materia de tierras, y por supuesto el reembolso del financiamiento libertario. Es que poco podían esperar de Rivera, que estuvo siempre rodeado de hombres e intereses "cisplatinos".

Teniendo en cuenta este hecho, no es extraño que tales personajes financiasen también los levantamientos lavallejistas del 32 al 34, acarreándose con ello el resentimiento de Rivera.

EL PAPEL DE ROSAS EN NUESTRA REALIDAD

Fuera de ello, se ha insistido mucho acerca de los planes expansivos del rosismo, de su presunta intención de reconstruir el virreinato platense. Esta versión admite muchos cuestionamientos, pero si se la acepta aunque sea tan solo en forma parcial, encontraríamos una razón

adicional para ese apoyo a las fuerzas de Lavalleja.

Pero lo que no puede discutirse es la intención inmediata de la política rosista con relación al Estado Oriental. Recordemos que Rosas llega por primera vez a la gobernación bonaerense en 1829, y se mantiene en ella hasta el 32; del 33 al 35 es el auténtico "poder tras el trono", hasta que en 1835 –en circunstancias dramáticas, como en el 29– reasume la gobernación hasta su derrocamiento en 1852.

LOS UNITARIOS ARGENTINOS ACTUAN EN NUESTRO TERRITORIO

Ya desde el 29, los más connotados militares y políticos del unitarismo habían comenzado a emigrar, no solo de Buenos Aires (ciudad y provincia), sino también de todas las provincias que se pronunciaban por el federalismo rosista. Destino lógico y natural de dicha emigración era el Estado Oriental, y especialmente la ciudad de Montevideo.

pecialmente la ciudad de Montevideo.

Durante el gobierno de Rivera, los unitarios gozaron de su benevolencia y apoyo. Fundaron periódicos en Montevideo, que atacaban al "Restaurador" (Rosas), pero su acción no quedó en eso: se organizaban aquí acciones armadas contra Buenos Aires y el presidente oriental no era jeno a las mismas. "Para tales combinaciones, el presidente Rivera les toleraba en la capital sus clubes y reuniones... cuyos agentes mendigaban armas, municiones y hasta monturas en los cuarteles de aquella prostituida guarnición, con la mayor libertad... por desgracia habían adquirido influencias con el presidente Rivera". (Citado por Machado).

Oribe, desde la presidencia, pretendió poner fin a ese estado de cosas.

Su actitud generó, por supuesto, una vivísima oposición unitaria a su gobierno. Así, en forma casi imperceptible el bosquejo iba tomando formas.

Las preocupaciones no alcanzaban sólo a los unitarios refugiados en Montevideo. Rivera y sus seguidores también tenían las suyas. Sus cálculos en torno a la presidencia de Oribe fracasaron. Pronto Rivera se encontró "desbancado" de lo que creyó era una posición inamovilble, la "Comandancia General de la Campaña", a la vez que fue cuestionada seriamente su gestión financiera al frente del gobierno.

Su enojo lo llevó a apoyarse en sus seguidores orientales, pero también en los unitarios emigrados. Estos ayudarían a don Frutos a derrocar a Oribe, enemistado con ambos, a cambio del futuro apoyo riverista a la implantación del unitarismo en la Confederación Argentina. Se consolidaba así una conmixtión que venía de antes y que sería decisiva para la configuración de nuestros partidos en el futuro inmediato.

"Véase cómo, desde ya, desde antes de su definición, en su faz gestativa, intra-uterina, los partidos tradicionales del Uruguay aparecen vinculados a los dos grandes partidos políticos argentinos, comprobándose aquella unidad de historia política que identifica los fenómenos y los sucesos de ambas bandas del Plata". (Zum Felde).

POR QUE ROMPEN ORIBE Y RIVERA

Tres fueron los motivos inmediatos que llevaron al rompimiento de Oribe con Rivera (éste había apoyado a aquél en su ascenso a la presidencia):

Primero, los indultos al lavallejismo que ya hemos mencionado. Segundo, la voluntad de investigar las cuentas de la administración riverista (para julio del 36 se habían certificado 174 irregularidades). Tercero, la "desbancada" de la Comandancia General de la Campaña. Veamos más de cerca este punto.

Cuando Rivera dejó la presidencia a fines del 34, logró que el presidente interino creáse ese cargo, no previsto en la Constitución, que le daba el mando de las fuerzas militares en el interior del país (un verdadero poder paralelo).

LA CALESITA DEL PODER

El objetivo de esto quedó claramente expuesto en el tratado de Cangué, firmado por Rivera y los separatistas riograndenses, del que nos interesa la cláusula siguiente: "Se obliga por sí (el Gral. Rivera) a no descender jamás de la silla de la presidencia en el término marcado por la ley, sin pasar inmediatamente a ocupar el lugar de Comandante General de la Campaña... a fin de que pueda suceder a su turno a su propio sucesor en la silla de la Presidencia... y así sucesivamente pasará de Presidente a Comandante". (Citado por Machado). Era una suerte de "calesita" de la sucesión.

Pero en 1836 Oribe detiene esa "calesita". Primero comete la "osadía" de suprimir el cargo. Luego modifica la resolución, mantiene el cargo pero designa para ocuparlo a su hermano, Ignacio Oribe. Era una virtual declaración de guerra. Así lo sintió el paisanaje seguidor de Rivera. Una frase lo sintetiza: "El presidente se le ha sublevado a don Frutos".

CARPINTERIA: APARECEN LAS DOS DIVISAS

A mediados de ese año, el esperado levantamiento armado riverista se tradujo en hechos. En la batalla de Carpintería (setiembre) las fuerzas del gobierno se distinguen en combate con un cintillo color blanco prendido al sombrero. Los revolucionarios de Rivera usaron uno color rojo (según se sabe, previamente se intentó el uso de un cintillo celeste, pero no era un color firme en los tejidos de la época; sí lo era el rojo –colorado– habitual en el forro de los ponchos).

Surgían así las "divisas", destinadas a convertirse en denominaciones perdurables de nuestras colectividades políticas, esbozadas como vimos a partir de 1820, es decir, desde la derrota de Artigas.

"Nuestros partidos fueron al comienzo poco más que estos séquitos urbano-rurales congregados en torno a Rivera por una parte y a Lavalleja y a Oribe por la otra, extremadamente inestables al principio y luego algo más firmes. Ciertas predisposiciones, ciertos comportamientos mayoritarios en cada uno de los grupos, oficiaron en esos comienzos como el elemento caracterizador; y de esa índole fueron la alegada colaboración cisplatina de los hombres de Rivera o su complicidad en los tráficos de la esclavitud, o el porteñismo de lavallejistas y oribistas".(Real de Azúa).

Habría también ancho campo para el factor emocional: "La historia siguió su curso y otros hechos se agregaron con su carga emotiva, sus definiciones en conductas y pensamientos y así los carismas personales, por un proceso de transferencia, se alojaron en las divisas". "Las muertes, los heroísmos, las altiveces y las ruindades; el culto a las hazañas; los recuerdos de los sacrificios, los mitos, todo adensó una tradición de amor y de odio, que se simboliza en los cintillos". (Bruschera).



La Constitución de 1830 y los dos partidos

La vida política de nuestro país en el siglo XIX (parte del XX también), se desarrolló dentro de un marco jurídico determinado: el de la Constitución de 1830.

¿Cómo incidió el carácter de la misma en el desenvolvimiento de nuestros bandos o partidos en la escena política? Incidió de manera diversa. En primer lugar, la Constitución del 30, por su carácter elitista, se basó en teorías abstractas y desconoció al país real; es decir, la realidad social, económica y cultural sobre la que supuestamente tenía que regir.

Podemos decir que fue el intento más serio emprendido por el núcleo urbano doctoral, ligado al comercio de exportación e importación y a intereses latifundistas, por monopolizar en provecho propio el aparato institucional del nuevo Estado. (Fascículo 3).

Pero ese intento casi enseguida mostró su inviabilidad. "Si ese librito (la Constitución) molesta, lo rompemos", afirmó Rivera a poco de ser consagrado Presidente.

No era fácilmente franqueable la fosa abierta entre una Constitución inspirada directamente en el modelo unitario de 1826 (y más lejanamente en la tradición liberal europea posterior a la Revolución Francesa) y un país despoblado, con una estructura social y económica particularísima, sin hábitos de convivencia republicana (el regimen colonial no había sido una buena escuela, por cierto), convulsionado además por veinte años de revolución y de dominación extranjera.

La realidad se impuso a un marco jurídico inadecuado. La distancia entre la teoría y la realidad fue salvada por un reforzamiento del caudillismo. Rara paradoja de una Constitución que había intentado desconocerlo.

UNA "DEMOCRACIA" PARA MUY POCOS

Comprobemos, primero, su carácter elitista. Además de "suspenderle" el derecho al sufragio a los peones jornaleros, a los sirvientes a sueldo y a los analfabetos (lo que quería decir a buena parte de la población, quizá la mayoría), la Constitución establecía severas condiciones de desahogo económico para ejercer la representación "popular". En efecto, para ser elegido diputado había que disfrutar de una renta anual de $ 3.000; para ser senador, una de $ 10.000. Cantidades considerables para la época.

Eliminado así el pueblo, algo similar se intentó con la constelación de caudillos. Los militares no podía ascender a la Cámara de Representantes y tampoco a la de Senadores; y no había caudillo que no ostentase un grado militar. Claro, no se les pudo impedir, en cambio, el acceso a la presidencia.

UNA CONSTITUCION ESCASAMENTE APLICABLE

El desconocimiento de nuestra Carta Magna de 1830 durante todo el siglo, no puede entonces sorprender. "La Constitución de la República contiene disposiciones que la experiencia de los años transcurridos, desde que fue puesta en vigor, ha demostrado ser muy inconveniente. Contiene también otras que esa misma experiencia ha demostrado ser impracticables. Para evitar lo primero y suplir lo segundo, se ha hecho lo que la Constitución prohíbe, y no se ha practicado lo que ella manda; es decir, se ha creído encontrar en su violación un bien y un deber; y en su observancia un mal y una culpa". (B. Berro, citado por Zum Felde).

Como consecuencia de ello, en los hechos nuestra vida política, durante el siglo pasado, se desenvolvió con la ausencia de un marco institucional operativo. Ello incidió obviamente en la acción y la fisonomía de nuestros partidos políticos.

Señalaremos un tercer punto negativo de esta Constitución: propiciaba el fraude electoral. Otra constante de nuestro sistema político del siglo XIX.

La Constitución no es, por supuesto, la única responsable del fraude, pero sí una de sus propiciadoras. "El sufragio es una farsa legal, porque la Constitución entrega en manos del Poder Ejecutivo todas las facultades y los elementos para que pueda imponer sus candidatos, no sólo por el atropello armado, sino por las coacciones por el fraude y la venalidad". (Zum Felde).

Los ejemplos vendrán más adelante. Pero no concluyamos la reflexión sin el juicio de un contemporáneo:.

"El Presidente de la República, por más honorable que sea, no puede perder las elecciones para perder al mismo tiempo su partido, cuando sabe que el partido adverso, una vez adueñado del poder, desarrollará las mismas mañas que critica en el llano; es decir, será elector y nombrará sucesor. Con la actual Constitución, pues, por la fuerza de las cosas, las elecciones han sido siempre oficiales y tienen que continuar siéndolo mientras ella rija". (Melián Lafinur, citado por Zum Felde).



Para orientales como éste, no estaba hecha la Constitución del 30...

Parecidos y diferencias entre los dos bandos iniciales

Reconocibles ya como bandos —y como blancos y colorados luego de Carpintería—, nuestros partidos inician un acelerado proceso de diferenciación, la que deberá entenderse dentro de ciertos límites a partir de dos factores: "primero, los rasgos originarios de sus "fundadores" (algo ya vimos al respecto); y segundo, las posturas adoptadas ante los grandes problemas rioplatenses entre fines de la década de los 30' y finales de los 60'.

RASGOS CARACTERISTICOS DE LOS BLANCOS

Lavalleja y Oribe comparten determinadas características comunes, pero representan paralelamente vertientes diferentes, que lejos de ser excluyentes, se complementaron en cierto sello distintivo de lo blanco.

Denominadores comunes fueron: "...su solidaridad con el entorno platense; su sentido nacional y americano; su adhesión a ciertas formas autoritarias en el ejercicio del poder, de añeja estirpe española". Diferencias: "Lavalleja aporta su origen campesino, la larga escuela de los campamentos montoneros, su estampa ecuestre de caudillo, para dar el matiz popular". "Oribe, su linaje copetudo, su formación castrense, su escrupulosidad de administrador. La mixtura de todos ellos, otorga una fisonomía al partido blanco, por lo menos en su conformación prístina". (Bruschera).

Rasgos que pueden corroborarse en comportamientos históricos: carácter autoritario del gobierno del Cerrito; identificación de Oribe con la causa de la soberanía platense (en unión con Rosas) frente al intervencionismo europeo durante la Guerra Grande; en la misma dirección, las tentativas de alianza con Paraguay promovidas por el gobierno de Berro, frente a la actitud agresiva del gobierno unitario de Mitre y el esclavista Imperio brasileño, en perjuicio de las dos repúblicas menores. Agreguemos aun la identificación del Cerrito con lo telúrico y con la campaña, proyectada en los grandes alzamientos gauchos de 1870 y 1904; y finalmente, la honradez administrativa que caracterizó a los gobiernos de Oribe, Giró y Berro.

SE DEFINE EL PERFIL COLORADO

Rivera, y su sucesor caudillista dentro del partido colorado, Venancio Flores, poseyeron también rasgos distintivos que se proyectaron al accionar político de la colectividad toda, en una larga secuencia de posturas:

"Rivera es flexible, liberal, humanitario, de buen humor; gastador hasta el despilfarro; tolerante e indiferente a las críticas" (Bruschera). También proclive a lo brasileño.

Junto a Flores "...fueron administradores deficientes y ambos cimentaron la adhesión de su clientela en abundosas, ilegítimas prodigalidades". Tuvo también a su manera "...su raigambre campesina, su intuitivo sentido de las esencias del mundo americano". (Bruschera).

Su partido retomó alguno de estos rasgos y desechó otros. La inclinación pro-brasileña fue una constante: desde la diplomacia del gobierno de la Defensa y su broche de oro, los tratados de octubre de 1851, hasta la actitud de Flores en la Guerra del Paraguay. Actitud abonada por su solicitud de intervención norteña en el 54, y su complicidad con el Imperio luego de la "cruzada" en el 64 contra el sucesor de Berro.

La experiencia del sitio montevideano (1843-51) fue decisiva para romper con un rasgo riverista: la matriz rural y el sentimiento americanista. Para ello fue necesario —como veremos— que se produjera el ocaso definitivo de Don Frutos.

El rasgo perdido fue sustituido por otro que arraigaría hondo en el coloradismo: "...un voraz receptor de las novedades europeas, un pertinaz negador de lo vernáculo". (Bruschera). Por eso, el clima intelectual de la Defensa, extranjerizante en grado sumo, revive en una interpretación falaz de los principios del liberalismo europeo —civilización versus barbarie—, profundamente lesiva a los intereses americanos, que culmina en la masacre y arrasamiento del Paraguay.



Hora de fervor colorado: Venancio Flores entra victorioso en Montevideo.

La Guerra Grande consolida los perfiles de cada partido

La marca a fuego, la impronta decisiva para diferenciar al partido colorado del partido blanco, la constituyó sin duda la Guerra Grande, con su proyección específica dentro del Uruguay –la física división del país en una campaña controlada por el gobierno del Cerrito desde 1843, y una Montevideo sitiada desde entonces, ámbito geográfico del gobierno de la Defensa–; y los alineamientos regionales e internacionales consiguientes.

Es aquí, entre 1838 y 1851, cuando se consolidan definitivamente los perfiles partidarios.

No corresponde analizar en este fascículo el prolongado y complejo conflicto platense conocido como Guerra Grande (1839-52), que ya fue expuesto en el número 3.

No obstante, y debido a la importancia de dicho conflicto en la historia de nuestros partidos, intentaremos trazar un bosquejo más que sumario.

JUAN MANUEL DE ROSAS Y NUESTROS PARTIDOS

En la Confederación Argentina, la versión porteña del federalismo (con Rosas a la cabeza) se había impuesto, no sólo al viejo partido unitario, sino también a los últimos vestigios de la línea federal auténtica –que recogía postulados artiguistas–. El federalismo rosista fue muy peculiar. Mencionaremos para el caso dos aspectos.

Primero, su negativa pertinaz a nacionalizar (federalizar) los recursos de la aduana de Buenos Aires, que constituían el soporte de la renta naccional, en la medida en que el puerto bonaerense era el único habilitado para la importación y exportación del conjunto de las provincias. Se usufructuaba así, en forma exclusiva, una masa de recursos que era de carácter nacional.

Segundo, la oposición de Rosas a darle estructura definitiva a la organización nacional, negándose a convocar un congreso constituyente. Se esgrimía como razón –o excusa– la situación de guerra, interna en un principio, luego complicada por la agresión extranjera. El único vínculo orgánico existente entre las provincias era una serie de precarios "pactos" entre ellas, delegando la representación de las relaciones exteriores en el Gobernador de Buenos Aires.

Desde ciertos ángulos, el federalismo rosista era la puesta en práctica de los preceptos unitarios, claro que por otras vías.

A partir de 1829, como vimos, Montevideo se convirtió en refugio del unitarismo derrotado y en foco de sus constantes planes belicosos. La actitud de Oribe hacia ellos –giro de 180 grados en comparación con la de Rivera– los alineó automáticamente junto a éste, "desbancado" caudillo expresidente.

En forma paralela se fue tejiendo una sólida alianza entre Oribe y el gobernador bonaerense. En principio fueron tres los cimientos de dicho acercamiento: la vieja ligazón del lavallejismo con los círculos porteños rosistas desde el 25 en adelante; una identificación de caracteres y de estilos de gobierno (de raíz autoritaria); y finalmente, el tener un enemigo político común, el unitarismo.

Debemos señalar que este último punto, en lo que atañe al oribismo –bando blanco, en consecuencia– era más el fruto de las circunstancias que cuestión de principios.

Ya hay, de todas formas, una clara delimitación de alianzas y un salto cualitativo en la conmixtión de los asuntos orientales y argentinos.

LA PRESENCIA FRANCESA E INGLESA EN NUESTRA POLITICA

Pero la Guerra Grande no fue sólo un conflicto regional; lo fue también internacional. Esto lo decimos, más que por la postrera y decisiva intervención brasileña, por las injerencias francesa (en dos oportunidades) y británica.

Coincide el conflicto con un momento muy especial de las relaciones franco-inglesas. Francia ha iniciado aceleradamente su industrialización –con 40 años de retraso frente a Inglaterra – y compite ahora en términos económicos, comerciales y de mercados con la "decana" del capitalismo industrial. Desde 1830 vive bajo un nuevo régimen político, conocido con el sugestivo nombre de "monarquía burguesa".

El Río de la Plata (al igual que toda la América Española) era un punto importante en el esquema internacional del capitalismo inglés, y Buenos Aires el asiento principal de sus intereses mercantiles y financieros en la región. Pero también lo fue de la estrategia francesa de penetración económica en este continente. En resumidas cuentas, ¿qué pretendían los franceses en ese terreno? Si no desplazar a los británicos (era algo demasiado ambicioso), sí competir con ellos en igualdad de condiciones, gozar de los mismos privilegios para sus súbditos que los que gozaban en estas latitudes los súbditos británicos.



Juan Manuel de Rosas, que condicionó tan de cerca todo un tramo de nuestra historia partidaria.

PRESIONES Y AMENAZAS DE LOS FRANCESES

Los mecanismos para lograrlo no diferían demasiado de los que sus competidores ingleses utilizaban entonces en el mundo. Presiones diplomáticas acompañadas de amenazas del uso de la fuerza, o el uso de la fuerza misma si la amenaza no amedrentaba lo suficiente.

En 1838 exigen de Rosas un conjunto de concesiones menores en favor de los residentes franceses en la Confederación. Era solo la fachada; el verdadero propósito era arrancar franquicias comerciales, igualar y superar los privilegios que los ingleses usufructuaban desde la misma guerra de independencia.

Ante la negativa de Rosas, declaran el bloqueo del puerto de Buenos Aires y el litoral argentino. Derechamente se vinculan con los opositores de Rosas los unitarios emigrados. Pero para bloquear a Buenos Aires necesitaban de Montevideo como apostadero. No obtienen la anuencia de Oribe. Las razones antes mencionadas, que explican el acercamiento de Oribe con Rosas, aclaran el por qué de esta negativa. Claro está: Oribe y su partido se habían echado en contra un poderosísimo adversario. Francia estuvo entonces interesada en el derrocamiento del presidente oriental. La lógica política la llevó a aliarse con los oponentes locales de Oribe. Así se anudó la alianza entre Rivera y su partido, los unitarios emigrados, y la flota francesa.

LA ALINEACION REGIONAL DE NUESTROS DOS PARTIDOS

La renuncia de Oribe, forzada en octubre del 38, llevaría a profundizar la línea demarcatoria. En Buenos Aires, Rosas lo reconoce como "presidente legal" del Uruguay, es nombrado general del ejército federal, y con ambos títulos se encamina al interior argentino a combatir, con éxito, a las fuerzas unitarias que desde el Uruguay, y con apoyo francés, han cruzado el río.

Rivera, una vez reasumida la presidencia, intentó desembarazarse de los compromisos que le permitieron derrocar a Oribe. Así lo hizo con los "farrapos", revolucionarios riograndenses que luchaban contra el Imperio en torno a dos postulados; república y separación. Con ellos había trabado una alianza. En cambio no fue tan fácil quitarse de encima a los unitarios, y mucho menos a los franceses. En 1839 el presidente Rivera se encuentra al frente de una alianza compuesta por el Estado Oriental, el partido unitario argentino y la provincia de Corrientes (de honda tradición federal, pero enfrentada a la versión porteña del federalismo –ejemplo de las limitaciones de éste). Francia no figuraba formalmente en la alianza (y pronto se desentendió de sus socios, cuando en 1840 resolvió por su cuenta –en forma momentánea– sus diferencias con Rosas); pero era el verdadero "peso pesado" de la combinación.

Las fronteras se borraban, la conmixtión llegaba a su clímax, y la línea divisoria de los bandos orientales entraba en un camino sin retorno.

Para finalizar con esta somera síntesis de la Guerra Grande, restaría mencionar tres cuestiones: la intervención conjunta de Francia e Inglaterra a partir de 1845; la finalización del conflicto con la intervención brasileña y la "dada vuelta" del principal jefe rosista, Urquiza; y por último, la existencia en nuestro territorio de dos gobiernos, de dos mundos diferentes, el de la Defensa (la Montevideo sitiada) y el del Cerrito (sede de los sitiadores) actuando sobre el resto del país.

Dejaremos de lado las dos primeras cuestiones, y nos centraremos en la tercera.

LA EXTRANJERIZACION DEL MONTEVIDEO COLORADO

En diciembre del 42, Oribe y Rivera (ambos al frente de fuerzas mixtas orientales-argentinas) se enfrentan en los



Oficial francés en Montevideo. Es que a Europa le interesaban demasiado nuestros asuntos.

campos entrerrianos de Arroyo Grande. La victoria es del primero, y en consecuencia en febrero del 43 Montevideo es sitiada. Comenzaba el Sitio Grande. También un nuevo capítulo en la diferenciación blanco-colorada.

"La Nueva Troya", como llegó a ser denominada por sus defensores la ciudad sitiada, quedó fuertemente ligada a las influencias extranjeras. En lo militar, en lo económico, en lo cultural y en lo político.

Veamos el primer punto. Menos de cuatro mil hombres defendieron las trincheras montevideanas; de ellos solo 400 eran orientales. Dos mil quinientos eran franceses, quinientos italianos (los primeros al mando de Thiebaut y los segundos a las órdenes de Garibaldi), y quinientos argentinos unitarios al mando del Gral. Paz.

Sin embargo, no eran éstos los únicos recursos bélicos de Montevideo. Unas 50 embarcaciones de guerra de varias banderas (francesas e inglesas en su mayoría) estaban alertas con sus 600 cañones y 6.000 marinos.

Los recursos financieros para la Defensa fueron aportados por el gobierno francés a título de subsidio, y por los ricos comerciantes extranjeros (muy beneficiados, por cierto, con el bloqueo europeo a Buenos Aires, que convertía a Montevideo en el centro del comercio regional).

La generosidad de estos últimos costaba caro. "Lafone puede ser el ejemplo mayor. Banquero y comerciante, obtuvo del gobierno de Montevideo 'algunas' concesiones: las rentas aduaneras hasta el '48; la Plaza Matriz (para la construcción de un paseo y de los edificios de sus cuatro esquinas); importantes terrenos fiscales para 'colonizar'; el monopolio de toda la pesca en la isla de Lobos; la isla de Gorriti; la península de Punta del Este y el monopolio de la navegación en el Uruguay". (Machado).

Montevideo, ¿puerto oriental o puerto extranjero?

MONTEVIDEO, CIUDAD FRANCESA

Palabras del político francés más influyente en ese entonces, Thiers. "Es preciso que sepáis que esa república de Montevideo ha sido impulsada a la guerra por Francia (...) el bloqueo (de Buenos Aires) sólo ha sido posible porque Montevideo nos ha suministrado medios de refresco para nuestros buques, víveres, abrigo, reparo; en una palabra: lo que se llama una base de operaciones". "¿Sabéis quiénés gobiernan en Montevideo? Jóvenes muy distinguidos, educados a la francesa, de cultura francesa, de gente francesa". Y francesa, de cultura frances, dde gente francesa". Y concluía en forma inequívoca: "...es un gobierno formado por nosotros y para nosotros (...) nuestra colonia de Montevideo". (Citado por Machado).

LOS COLORADOS, LA CIVILIZACION, EUROPA

Durante un tiempo, Rivera intentó aliviar la presión operando en la campaña. En 1845 sufrió una derrota categórica en India Muerta. Sus relaciones con los "doctores" de la Defensa se tornaron críticas desde entonces. Intentó un arreglo con Oribe prescindiendo de los intereses extranjeros. El destierro será la respuesta de los "jóvenes distinguidos" del gobierno montevideano, entre los que se destacaban Melchor Pacheco y Obes y Manuel Herrera y Obes.

El Partido Colorado, marcado por estas circunstancias, se alejó momentáneamente de su raigambre rural (la retomará en parte una década después, tras la figura de Venancio Flores) y consagró un predominio urbano que se proyectará con fuerza en el siglo XX. También de aquí partirá su facilidad para arraigar entre la masa de inmigrantes. Fenómeno del siglo XIX, prolongado al XX...



Todo lo dicho no podía dejar de reflejarse en una postura mental específica, en un cierto matiz ideológico. Los hombres dirigentes de la Defensa, colorados orientales y argentinos unitarios, por igual, identificaron su causa con el siguiente axioma: civilización-Europa-ciudad. Axioma opuesto al que a sus ojos representaban sus rivales: barbarie-caudillos-campaña.

"Los hombres de la 'Defensa', que creían combatir por la causa de la civilización, y lo hacían con pasión y convencimiento, reflejaban, en verdad, las limitaciones de una mentalidad colonialista que, desde su posición de intermediarios del capitalismo mercantil europeo, les hacía abrazar como redentores, todas las ideas acuñadas en la metrópoli hegemónica de turno". (Bruschera).

LA RELACION DE ORIBE CON ROSAS

El campo sitiador mostraba notables diferencias, las que también marcarían al partido oriental que asedió Montevideo por espacio de casi 9 años.

En él revistaron orientales y argentinos. Militarmente hablando, eran 6 mil blancos y 7.000 federales los que se movían en torno a la ciudad. Otros 11 mil orientales oribistas controlaban la campaña. Enfrentaron a las huestes de Rivera hasta el 45, y en forma permanente a las partidas brasileñas que saqueaban nuestra riqueza ganadera.

La alianza con Rosas sería asumida por Oribe como algo inamovible; por sentido de la caballerosidad sin duda (no olvidemos el reconocimiento de Rosas en el 38, cuando Oribe y su partido pasaban por su peor momento), pero también porque Oribe estaba compenetrado con la idea de representar ambos la defensa de la soberanía americana frente a la prepotencia extranjera y a los "peores americanos". No por casualidad el periódico editado en el Cerrito se titulaba "El Defensor de la Independencia Americana".

No obstante la conducta mantenida por las tropas federales "auxiliares-" de Oribe durante el sitio ("Los argentinos son nuestros auxiliares, para nada intervienen en los negocios del Estado... Ni una opinión siquiera se oye jamás verter a los jefes y oficiales en relación a nuestros negocios"). (Eduardo E. Acevedo, citado por Machado), pueden percibirse ciertos visos de subordinación a la política de Rosas.

Ejemplo de ello es la conducta de Oribe en ocasión de la misión negociadora franco-inglesa del 48. Las condiciones que aquél obtiene le son francamente favorables —de hecho se le reconoce plenamente, en tanto se desconoce al régimen de la Defensa— Oribe las acepta en principio, pero luego tiene que desdecirse ante la recriminación de Rosas, que no las considera pertinentes.

Esa subordinación fue vista como perjudicial por algunos de los hombres de ilustración que revistaban en el Cerrito, donde también los había, aunque ocupando un papel secundario frente a la figura de Oribe. Exactamente al revés de lo que ocurría en Montevideo, luego del eclipse de Rivera en el 45.

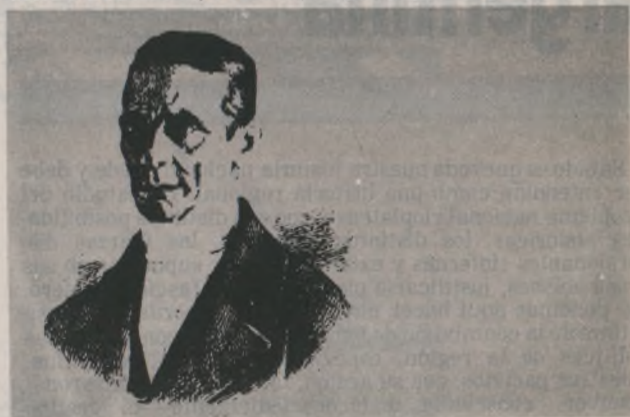
Quizá más importante que constatar tal subordinación, sea medir la limitación última de la estrategia rosista; no con afán "moralizador", sino para calibrar cómo junto a la defensa de lo americano había un proyecto específico para resolver el viejo problema de la Nación (con Mayúscula) rioplatense.

"...La astuta política rosista prolongaba la guerra y mantenía anarquizado el territorio oriental, amputándole la posibilidad de asumir su decisivo papel en la integración platense, indefinidamente postergada, además, en el marco de la Confederación, con pretexto de que eran un tributo al secular propósito absorbente del puerto de Buenos Aires, ahora en manos de los exportadores de su entorno. Las limitaciones de este esquema se proyectaban en el Cerrito, por las inhibiciones de Oribe, maniatado por una lealtad reverencial, para sacudir la tutela del áspero señor de Palermo". (Bruschera).

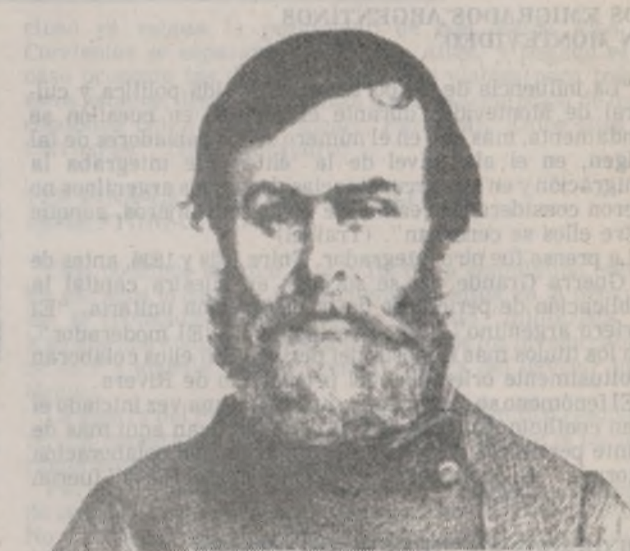
LOS DOS PARTIDOS Y LA LITERATURA

Finalmente digamos que los perfiles partidarios se completan en otro ámbito: el de las letras. También en esto las disímiles experiencias del Cerrito y la Defensa fueron definitorias. Mientras que en tiendas de Oribe su postura en el conflicto desembocaba en cierta reafirmación de los valores hispánicos (en oposición a la influencia cultural francesa en Montevideo), manifestándose esto en moldes literarios neo-clasisistas, otros aires imbuían a la juventud colorada sitiada.

En ella el movimiento romántico europeo, con su gran centro irradiador, Francia, imponía gustos y modelos.



Joaquín Suárez: para su gobierno de la Defensa, "ciudad" equivalía a "civilización", y "civilización" a "Europa".



Melchor Pacheco y Obes, poeta romántico pero... uno de los Ministros más duros de toda nuestra historia.

Nuestros partidos y la política argentina

Sabido es que toda nuestra historia nacional puede y debe ser entendida como una historia regional. Un estudio del problema nacional rioplatense, con sus distintas posibilidades históricas, los distintos proyectos, las fuerzas distorsionantes (internas y externas), y por supuesto con sus frustraciones, justificaría plenamente un fascículo entero. No podemos aquí hacer otra cosa que recordar la causa última de la conmixtión de nuestros partidos con las fuerzas políticas de la región, especialmente de la Argentina. Nuestros partidos, con su acción, también contribuyeron a resolver —consciente o inconscientemente— el destino regional, y por ende auténticamente nacional.

"La historia uruguaya y la argentina son en esa época, como ya lo había sido en la época de Artigas, una trama cuyos hilos se entrecruzan en juego inseparable, integrando ambas una sola realidad". (Zum Felde)

La Guerra Grande, antes y durante el sitio, había solidificado a los partidos colorado y unitario, no sólo en la lucha inmediata, sino también en una visión común del mundo, en una asimilación específica del pensamiento liberal, y en firmes relaciones de amistad de sus principales prohombres.

LOS EMIGRADOS ARGENTINOS EN MONTEVIDEO

"La influencia de los porteños en la vida política y cultural de Montevideo durante el período en cuestión se fundamenta, más que en el número de los pobladores de tal origen, en el alto nivel de la 'élite' que integraba la emigración y en las circunstancias de que los argentinos no fueron considerados realmente como extranjeros, aunque entre ellos se censaran". (Traibel)

La prensa fue otro integrador. Entre 1829 y 1838, antes de la Guerra Grande, ya se suceden en nuestra capital la publicación de periódicos de la emigración unitaria. "El arriero argentino", "El Investigador", "El moderador", son los títulos más famosos del período. En ellos colaboran habitualmente orientales del pre-partido de Rivera.

El fenómeno se reproduce y multiplica una vez iniciado el gran conflicto. Entre el 39 y el 52 se publican aquí más de veinte periódicos dirigidos por unitarios con colaboración colorada. "El Nacional" y el "Comercio del Plata" fueron los más notables.

COLORADOS EN FILAS BONAERENSES

La finalización de la guerra abre a la Argentina y al Uruguay momentos no menos conflictivos. Unas pocas palabras en torno a lo que acontece del otro lado del Plata.

La alianza entre los unitarios y el gobernador entrerriano Urquiza no fue duradera. En 1853 (año y medio después de la derrota de Rosas) la provincia de Buenos Aires se separa de la Confederación. Durante ocho años se mantuvo el conflicto. El mismo se resolvió por medio de la guerra en 1861, con la victoria de Buenos Aires, del unitarismo y de su adalid de entonces, Mitre.

En todo el período, numerosos e importantes militares colorados actuaron en filas bonaerenses: el más renombrado, Venancio Flores. Dato importante, ya que cuando los unitarios controlen la Confederación —a partir del 61— estos militares solicitarán que se sean retribuidos sus servicios. Y así se hizo.

Ya en el 57, cuando César Díaz invade Uruguay en nombre de la tradición colorada, lo hace con el pleno apoyo material del gobierno porteño. A partir de abril del 63, la Cruzada de Flores también contó, holgadamente, con ese apoyo.

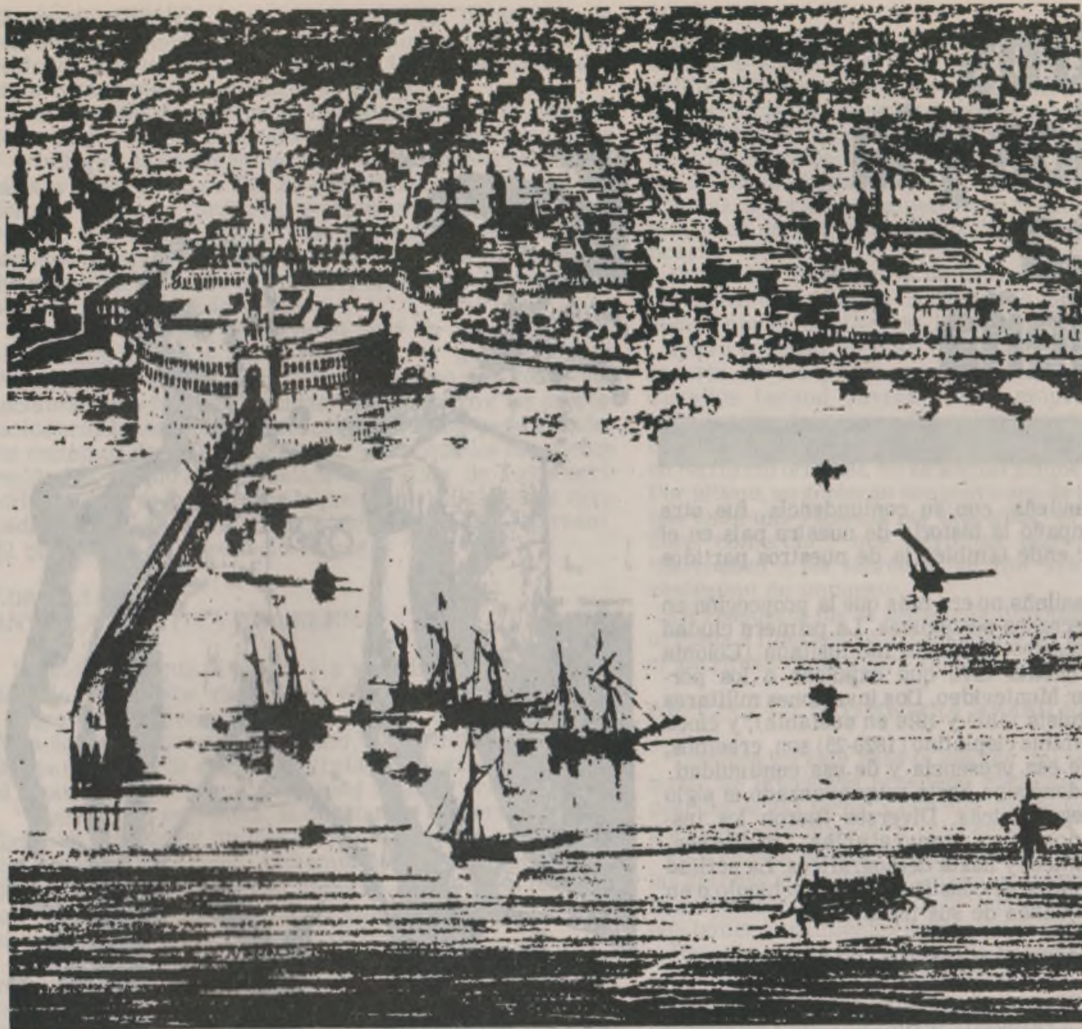
"La guerra en la Banda Oriental es un episodio de la guerra civil argentina bajo el gobierno de Mitre, como lo fue bajo Rosas. Nadie es neutral en esa guerra en la República Argentina, porque todos conocen por instinto su sentido. Los partidos beligerantes en la Banda Oriental sirven y representan los dos intereses y los dos campos argentinos, que asisten a la lucha oriental con la ansiedad del que contempla el debate de su pleito propio". (Alberdi, citado por A. Castellanos).

Para el partido de Mitre, su control de la Argentina era incompleto si no se desterraba hasta el último vestigio de una reacción federal.

Dentro de ese complejo esquema, le era necesario terminar con la experiencia económica y social que los paraguayos realizaban bajo los gobiernos de Carlos A. López y Francisco Solano López. Flores y su partido, ya en el gobierno oriental, engancharon a nuestro país en el macabro crimen del Paraguay.



Urquiza, que también gravitó en nuestros hechos. El mayor estanciero y capitalista de su provincia, entre Ríos.



Buenos Aires en 1860, tan ligada a los asuntos partidarios orientales.

**LOS BLANCOS
Y EL FEDERALISMO ARGENTINO**

En forma paralela, el partido blanco quedó estrechamente unido, luego de la Guerra Grande, al federalismo argentino. Es decir, a la versión sobreviniente luego de la caída y exilio de Rosas: el federalismo acaudillado por Justo J. de Urquiza.

Ya hemos mencionado las limitaciones del federalismo rosista; páginas enteras llevaría hablar de esta versión ultra-decadente, el federalismo urquicista. No lo haremos, pero señalamos, sí, que vencido en los campos de Pavón en el 61, Urquiza se conforma con seguir siendo el mayor estanciero y capitalista de Entre Ríos, y por supuesto su gobernador perpetuo.

El destino del movimiento federal del resto del país, acorralado por el mitrismo, le fue indiferente. En el 65 se hace cómplice de la guerra contra el Paraguay. En el 70 es asesinado por traidor por los propios federales entrerrianos; la partida que lo ultima en su palacio (según versiones) la mandaba un oriental, Nicomedes Coronel.

Muchos dirigentes blancos (partido en el gobierno entre el 60 y el 65, pero con un sector del mismo comprometido con la política de "fusión", que ya veremos), sacaron las lógicas consecuencias del triunfo unitario de Pavón, y de la proximidad de una revolución colorada acaudillada por Flores, que aquel triunfo tornaba casi inevitable.

"...Luego de Pavón, en 1862, el gobierno blanco, mediante su ministro Juan José de Herrera, se había acercado a López (presidente paraguayo), planteándole el peligro que traía para ambos países el triunfo de los unitarios. En 1863, por intermedio de Lapido, Herrera plantea no sólo la necesidad de un acuerdo paraguayo-oriental, sino que incluso ya esboza la posibilidad de que Entre Ríos y Corrientes se separasen de Buenos Aires, y llegado este caso proponía las diversas soluciones viables para todos estos estados, desde una alianza hasta la formación de una república única entre Uruguay, Paraguay, Entre Ríos y Corrientes". (Hugo Licandro)

**TERMINA LA CONMIXTION POLITICA
ARGENTINO-URUGUAYA**

Casi podemos afirmar que el fin de la conmixtión entre los partidos orientales y argentinos, se sitúa en la década del 70 (coincidiendo con nuestro período "militarista"). Más que una voluntad política por parte de los involucrados de ésta y aquella banda, operó la lógica del devenir histórico.

La guerra del Paraguay y su resultado, significó resolver de una manera —mala manera— los problemas de la nación rioplatense en un cierto sentido.

Para la Argentina misma, significó consolidar su proceso de unidad "nacional" (nacional en un sentido restringido). No por casualidad los últimos desafíos federales son liquidados en el transcurso de la guerra. La misma muerte de Urquiza puede aparecer como simbólica.

Resueltos de alguna manera los problemas pendientes desde 1810, la Argentina comienza una época de "fronteras adentro". De su parte (y de la de sus partidos políticos) había ya pocos motivos que condujeran a la conmixtión con nuestro país.

Como el Uruguay conoce desde el 75 al 86 la experiencia militarista, que marcó —entre otras cosas— un eclipse momentáneo de sus partidos políticos, tenemos entonces una razón adicional para explicarnos este fin de la conmixtión.

Nuestros partidos y la política brasileña

La presencia brasileña, con su contundencia, fue otra constante que acompañó la historia de nuestro país en el siglo pasado, y por ende también la de nuestros partidos políticos.

Esa presencia brasileña no era más que la proyección en el tiempo de su antecesora portuguesa. La primera ciudad importante sobre nuestro territorio fue lusitana (Colonia del Sacramento); Zabala tuvo que expulsar a los portugueses para fundar Montevideo. Dos invasiones militares durante la era artiguista (1811 y 1816 en adelante), y cinco años de completo dominio cisplatino (1820-25) son, creemos, prueba suficiente de esa presencia y de esa continuidad.

El Brasil no abandonó sino hasta muy avanzado el siglo sus aspiraciones hegemónicas. Diversos fueron los instrumentos utilizados para concretarlas: militares, diplomáticos, económicos y hasta demográficos. La actitud de los partidos orientales se constituyó en un vehículo o en una traba para el alcance de sus metas.

BRASIL Y LAS ACTITUDES COLORADAS

Ya mencionamos la proclividad "csisplatina" de muchos elementos urbanos que rodearon a Rivera en la fase gestativa de nuestros partidos. También la actitud del propio caudillo luego de la derrota de Artigas. Los 50 años siguientes no romperían aquellas afinidades.

A mediados de los 30' Rivera se liga a fondo con los separatistas riograndenses, los "farrapos". El acuerdo de Cangué formalizó dicha alianza. Ya vimos su contenido.

La Guerra Grande tuvo el fin que conocemos en buena medida debido a la intervención brasileña. Antes de concretarse la misma en los campos de batalla, ya había generado consecuencias trascendentes para el Uruguay: los famosos cinco tratados de octubre de 1851. En virtud de ellos, pasamos a ser una dependencia económica, a la vez que verdaderos tutelados políticos del Imperio.

Fueron los hombre ilustrados del coloradismo de la Defensa, con Andrés Lamas al frente, los que lograron la participación brasileña y firmaron dichos tratados. (Fascículo 3)

La segunda gran versión caudillista colorada del siglo XIX, Venancio Flores, transitó con igual decisión por los mismos carriles. En el 54, estando al frente del gobierno, temeroso de una rebelión blanca y enfrentado a un sector de su partido (los "conservadores", de los que pronto hablaremos), no titubeó en solicitar la intervención brasileña, invocando uno de los célebres tratados.

Diez años después, en el 64, aprovechó las intenciones brasileñas para con el Paraguay y con nuestro país, y logró otro apoyo decisivo en su lucha contra Berro y su sucesor Aguirre: el del ejército y la flota imperiales.

COMO PESARON LOS INTERESES BRASILEÑOS

Tampoco podemos detenernos en los móviles brasileños para entrar en guerra con el Paraguay de los López.



Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, que sembró prebendas entre orientales obsecuentes.

Diremos solamente que en la guerra planteada, la comunicación fluvial sería decisiva. Montevideo era la llave de los grandes afluentes del Plata. Un gobierno colorado en la ciudad-puerto favorecía al Brasil.

Los intereses ganaderos de los estancieros brasileños al norte del Río Negro, eran exorbitantes. Exigían franquicias y privilegios constantes de parte de los gobiernos orientales, y el gobierno de Río no podía ignorarlos por dos poderosas razones: primero, porque eran una excelente "punta de lanza" para sus proyectos hegemónicos; segundo, porque había que tener satisfechos a los hacendados riograndenses si se querían evitar episodios desagradables como el de los farrapos.

A partir de 1865, Montevideo será la base de aprovisionamiento de la flota brasileña en guerra contra Paraguay. No fue lo único. "Brasil obtuvo que todas sus reclamaciones fueran atendidas. Se indemnizó a los propietarios brasileños y se creó una comisión Mixta para atender los reclamos de los particulares... O sea que los brasileños residentes adquirían un estatuto jurídico de extraterritorialidad, no se les aplicaba la justicia oriental sino la derivada de un acuerdo de derecho internacional". (Barrán). El presidente era Venancio Flores.

**LOS BLANCOS
ANTE LA POLITICA BRASILEÑA**

La actitud frente al Brasil y a su política por parte del partido blanco, fue claramente divergente.

Durante la presidencia de Oribe, su Ministro de Relaciones Exteriores, Gerónimo Villademoros, marchó a Río para tratar de ajustar un tratado de paz definitivo con el Brasil. (Recordemos que el del 28 era "preliminar").

"Recabó, sin respuesta, la devolución de tierras usurpadas y la fijación de límites correctos. Generó el malestar del Brasil". (Machado). Acotemos que el malestar generado no lo fue sólo en el Brasil imperial. También lo fue en el sur republicano, separatista por entonces. Oribe proclamó su neutralidad en la guerra civil brasileña.

Finalizada ésta en el 45, no mejoraron sin embargo las relaciones blancas con los poderosos de Río Grande. Y lo mencionamos: las partidas oribistas se dedicaron a impedir el saqueo de ganado oriental en dirección al territorio vecino.

En el 52, gobernando Giró, fusionista pero de extracción blanca, el gobierno oriental tuvo la "osadía" de demorar la ratificación de los tratados con Brasil del año anterior. El pretexto fue la necesidad constitucional de su estudio legislativo. Por cálculo político, se ha sostenido. Es verdad. Era una forma de "ventilar" esos tratados, desacreditando así al partido colorado. Pero también se procuró obtener algunas mejoras con respecto a su redacción original. Algo, muy poco, se obtuvo frente a la prepotencia amenazante del Brasil.

Durante la presidencia de Berro, que pese a su rabioso "fusionismo" gobernó rodeado de una parte del viejo núcleo blanco del Cerrito, las "osadías" se multiplicaron.

Berro propuso un plan de fundaciones fronterizas, con reparto de los pocos campos fiscales disponibles. Villa Cevallos (actual Rivera) será, empero, la única materialización del mismo. También resuelve Berro terminar con los subterfugios que permitían la existencia de esclavos en territorio oriental, en estancias propiedad de brasileños. Por último, su gobierno no renovó uno de los tratados del 51, que tenía una vigencia por diez años: el de "navegación y libre comercio", que permitía que nuestros ganados marchasen a los saladeros de Río Grande sin pagar un centésimo de impuesto.

La respuesta fue la insolencia diplomática y la agresión armada a fines del 64. El resultado: el sitio de Paysandú y el sacrificio de Leandro Gómez y sus compañeros.

DECLINA LA INJERENCIA BRASILEÑA

También en este caso la década del setenta será definitoria. La injerencia brasileña disminuyó ostensiblemente después de esa fecha, y con ella uno de los puntos de mayor fricción entre blancos y colorados.

Las causas de esta "prescindencia" fueron similares a las del caso argentino: gracias a la Guerra del Paraguay, el Brasil consolidó su proceso de unidad interna. Ya no tendrá que temer movimientos separatistas como el riograndense.

Por otra parte, la cuestión de la esclavitud, se convirtió en un freno para su desarrollo económico y social. Resolverlo le insumirá muchas de las energías que antes canalizaba más allá de sus fronteras.



Nuestro puerto fue pieza clave en la guerra atroz que Brasil y Argentina desataron contra Paraguay.

Blancos y colorados frente a las potencias europeas

Para países "subdesarrollados" como los de América Latina, la cuestión de sus relaciones con los centros del capitalismo mundial era ya en el siglo XIX una cuestión de vida o muerte. Esos centros fueron por entonces Inglaterra y Francia, y también en forma creciente (sobre todo luego de finalizada la guerra de "secesión" en el 65) los Estados Unidos.

Lo que esa relación deparaba a nuestros países, en beneficios y peligros, fue apreciado en forma un tanto diferente por nuestros partidos blanco y colorado. Al respecto hubo matices y hasta posturas divergentes en ambos bandos. Vamos a exponer a continuación las que pueden considerarse "constantes", identificables en el tiempo.

DOS ACTITUDES BLANCAS

Elegimos como ejemplo un episodio acaecido durante el gobierno de Oribe, y el pensamiento sobre el particular de Bernardo P. Berro (a nuestro entender las dos figuras más relevantes del partido blanco –junto a Aparicio Saravia– en el siglo XIX), y que permiten delinear la postura blanca ante unas potencias europeas que, capitalismo industrial mediante, renovaban su vieja vocación colonialista.

Oribe, por intermedio de Giró, intenta gestionar un empréstito en Londres con el propósito de afrontar el déficit dejado por el gobierno de Rivera.

Las condiciones dictadas por los ingleses eran lesivas para el país, en términos económicos y políticos: "...arrendamiento de 300 leguas en provecho de súbditos ingleses, privilegios para los ingleses residentes en el Uruguay y tratado 'perpetuo' de alianza". (Machado). Oribe rechazó tales condiciones.

"Llovieron entonces las críticas interesadas y no faltó el intento de soborno". (Machado). El ministro de Hacienda de Oribe, Juan Ma. Pérez, exponía la posición del gobierno: "...ha seguido el cónsul inglés haciendo la guerra más infernal al crédito del gobierno... el no haberse realizado los trabajos (del empréstito) ha convertido las garantías en humo... no dudo que el gobierno inglés coadyuvaría a la negociación del empréstito y aun nos regalaría la cantidad pedida, a cambio de un tratado degradante, pero entiendo que nosotros no debemos vender el país, y que seremos pobres pero decentes: ésta fue mi contestación al cónsul Hood, cuando me hizo una insinuación a este respecto". (Citado por Machado).

Bernardo Berro se expresaba de la siguiente manera, dos décadas más tarde, ante lo que ya era inocultable a nivel latinoamericano y mundial: "Los ingleses conquistan la India, los franceses el Egipto y la Mauritania, y hablan de estas conquistas como de adquisiciones justas. La Europa hace un derecho de gentes acomodado a sus solos intereses y pretende su universalidad. ¿Quién se les opone?, ¿quién la convence de sus errores? Su poder hace que sea obedecida en silencio por unos y su saber obliga a callar a los otros". (B. Berro, citado por Real de Azúa).

Un poco más adelante, luego de reconocer los aportes europeos en América y de guardar distancia con cualquier actitud xenófoba (de rechazo total a lo extranjero y a los extranjeros), sostenía: "Pero nadie podrá negar que en general la Europa nos dejó solos en la porfiada y sangrienta guerra de la independencia, sin darnos auxilio alguno de consideración; y al buscar nuestras relaciones, ha pensado no en el bien que nos iba a hacer con su contacto, sino en lo que a ella le debía redundar con el nuestro. Bajo este aspecto es que hemos de considerar su venida; y esto explica por qué, después de tener asegurado el vasto mercado que la América le abrió con su emancipación, abandonó los antiguos sentimientos de amistad hacia ésta y empezó a afligirla con pretensiones avanzadas, y a ofenderla con desprecios y descomedimientos insultantes". (B. Berro, citado por Real de Azúa).



Bernardo Berro al centro. Un alto ejemplo.

CUATRO ACTITUDES DE LOS COLORADOS

Tomaremos cuatro ejemplos, que abarcan desde 1832 hasta 1904 (fecha ésta que como ya dijimos marca el auténtico fin de nuestro siglo XIX), para pautar la actitud mental y política del coloradismo frente a las potencias extranjeras.

1 Al producirse en 1832 el primer levantamiento lavallejista contra el gobierno de Rivera, éste solicita el desembarco de marinos norteamericanos e ingleses para asegurar la situación.

Estas son las palabras del cónsul norteamericano en Uruguay: "...me fue solicitada por el vicepresidente Luis Eduardo Pérez y por el jefe político y de policía, Luis Lamas... la presencia, en tierra, de una parte de la tripulación del 'Enterprise'... comuniqué sus deseos al capitán Downing, quien inmediatamente bajó a tierra con 50 de sus hombres, y tomó la custodia de la Aduana, mientras otro destacamento perteneciente a un barco británico hacía lo propio con la Casa de Gobierno". (Citado por Machado).

2 En febrero de 1868, en los últimos días del gobierno encabezado por Flores, se produjo un incidente de ribetes tragi-cómicos, augurio quizá de otros sucesos –éstos ya decididamente trágicos– que conmoverían a Montevideo y al país entero pocos días después. Nos referimos al motín militar que en contra de su padre protagonizaron los belicosos hijos de don Venancio.

En esa oportunidad, el caudillo y presidente colorado se dirige a los agentes diplomáticos de Inglaterra, Italia, Francia, España y Estados Unidos en los siguientes términos: "...(Escribo) con el objeto de saber de los señores agentes y almirantes de las estaciones navales actualmente en el puerto, si en presencia del escandaloso motín militar que estalló el día de ayer, encabezado por el coronel don Fortunato Flores... podrá el gobierno contar con la intervención armada de las fuerzas marítimas desembarcando en la Aduana". (Citado por Machado).

La solicitud tiene eco y 500 marinos de diferentes banderas desembarcan en la capital.

3 A principios de 1862, tiene lugar en México uno de los mayores actos de agresión europea en América Latina. Tropas francesas, inglesas y españolas desembarcan en Veracruz con el pretexto de cobrar deudas pendientes. Será el inicio de una larga guerra de intervención –finalmente sólo francesa–, que ensangrentó al país hermano hasta 1867. México salía, además, de una guerra civil que lo había devastado desde el 59 al 61, y que amenazaba reiniciarse.

Ante esos episodios escribía el diario colorado "La Prensa Oriental": "La gran cuestión, la cuestión que subordina y domina a todas las otras, es la de la pacificación... y cuando la intervención europea le ofrece el auxiliar más propio, más oportuno, más expedito y eficaz para que, obrando en armonía y de consuno, los plenipotenciarios europeos y el gobierno de México, se llevase a cabo en pocos días esa obra magna y anhelada y fructífera de pacificación, fortaleciendo y vigorizando en México el principio de autoridad, hoy escarnecido y aniquilado, mediante la creación de un verdadero gobierno digno de ese nombre, hay personas (se refiere al presidente Benito Juárez, que resistió la versión), bastante imprudentes y bastante funestas para rechazar el bien de ese saludable influjo. Acoja ella (la república mexicana), como debe, con los brazos abiertos, a las potencias de Europa. Sólo así logrará salvarse de la ruina que le preparan sus falsos amigos, sus hijos espúrios y desnaturalizados". (Citado por Machado).

4 Por último, el cuarto ejemplo. En plena guerra civil de 1904, el gobierno de Batlle y Ordóñez solicita al de Estados Unidos el envío de naves de guerra al Plata. El pedido se fundaba en un supuesto apoyo argentino a la revolución blanca, lo que configuraba para el gobierno colorado un acto de injerencia por parte del país vecino. Se lo pretendía contrarrestar con la presencia yanqui.

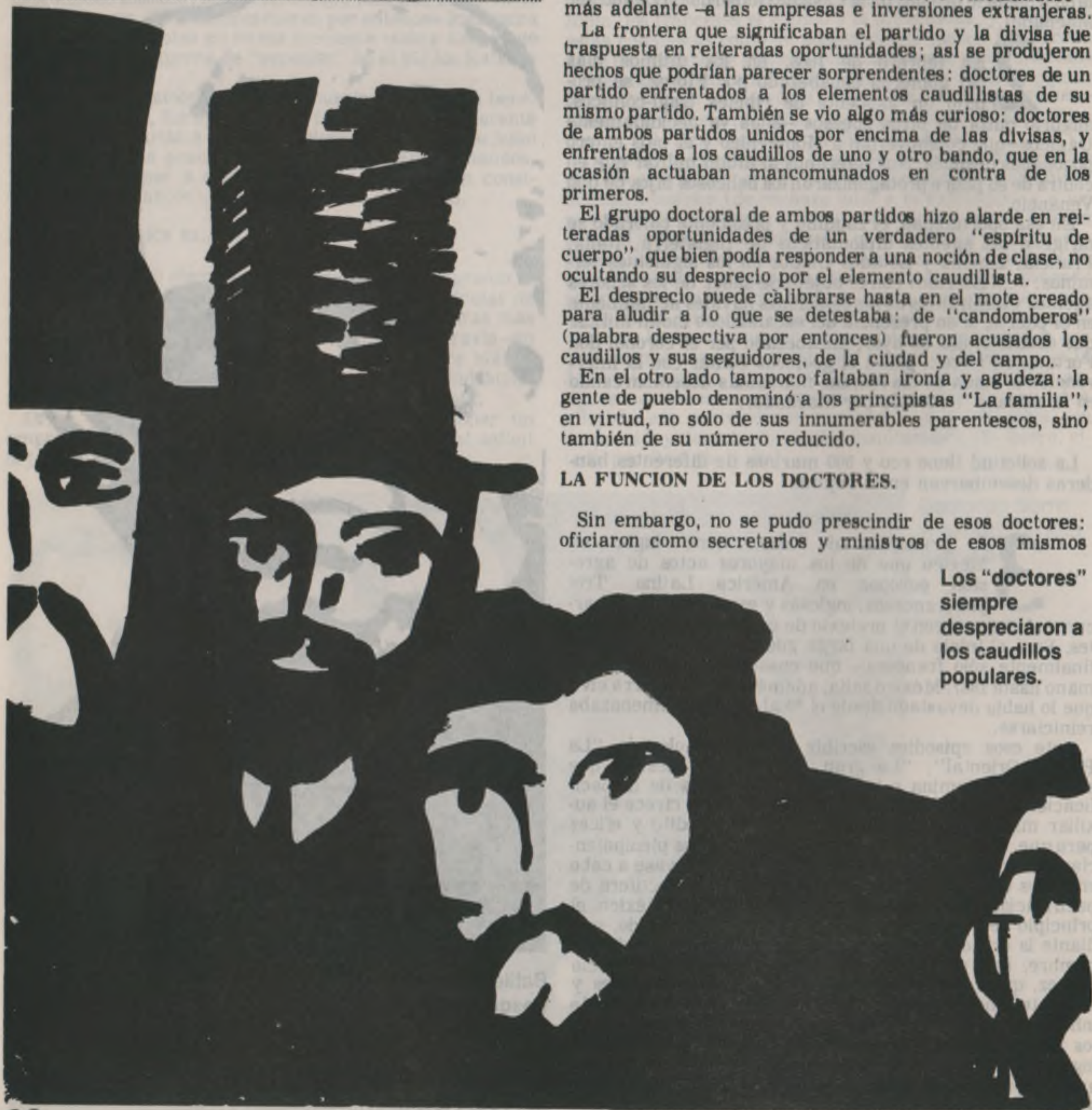
El contexto continental no podía ocultar las implicancias y riesgos de la solicitud. En 1898 los EE.UU. habían derrotado a España y habían asumido el control de Cuba y Puerto Rico. En 1903 la potencia del norte orquestó la separación panameña de Colombia, asegurándose así el control sobre el futuro canal.

Los barcos norteamericanos llegaron el 23 de setiembre. La batalla de Masoller había sido el primero de ese mes; Saravia había muerto el día 10, y el 24 terminaba la guerra con la firma de la Paz de Acegua. Todo quedó como una simple visita de cortesía.



Batlle le hizo un riesgoso pedido a Estados Unidos: que enviara sus naves al Plata...

Caudillos y doctores: una división interna en cada partido



La historia de nuestros partidos no es sólo la oposición de blancos y colorados. Es también la historia de agudas y repetidas divisiones en el interior de cada uno de ellos. Esas divisiones internas pasaron por lo general a través de la misma línea demarcatoria: caudillos por un lado y doctores por el otro.

QUE ENTENDEMOS POR "DOCTORES"

Fueron llamados así, no sólo los egresados universitarios, sino también toda la constelación —no muy numerosa por cierto —de hombres "ilustrados". Por lo tanto, junto a los de cultura académica, se encontraban también los autodidactas.

Abogados en su inmensa mayoría, periodistas y algún que otro médico, esos eran los "doctores" de nuestro siglo XIX. Eran por lo general integrantes o descendientes de nuestro "patriciado", es decir de la clase social "principal" en el período pre-independiente. Muchos de ellos, arruinados a partir de la revolución de independencia, encontrarían a lo largo del siglo, formas de sobrevivencia como funcionarios del Estado (en los altos cargos, por supuesto), como representantes del alto comercio, o vinculándose — más adelante –a las empresas e inversiones extranjeras.

La frontera que significaban el partido y la divisa fue traspuesta en reiteradas oportunidades; así se produjeron hechos que podrían parecer sorprendentes: doctores de un partido enfrentados a los elementos caudillistas de su mismo partido. También se vio algo más curioso: doctores de ambos partidos unidos por encima de las divisas, y enfrentados a los caudillos de uno y otro bando, que en la ocasión actuaban mancomunados en contra de los primeros.

El grupo doctoral de ambos partidos hizo alarde en reiteradas oportunidades de un verdadero "espíritu de cuerpo", que bien podía responder a una noción de clase, no ocultando su desprecio por el elemento caudillista.

El desprecio puede calibrarse hasta en el mote creado para aludir a lo que se detestaba: de "candomberos" (palabra despectiva por entonces) fueron acusados los caudillos y sus seguidores, de la ciudad y del campo.

En el otro lado tampoco faltaban ironía y agudeza: la gente de pueblo denominó a los principistas "La familia", en virtud, no sólo de sus innumerables parentescos, sino también de su número reducido.

LA FUNCION DE LOS DOCTORES.

Sin embargo, no se pudo prescindir de esos doctores: oficiaron como secretarios y ministros de esos mismos

Los "doctores" siempre despreciaron a los caudillos populares.

caudillos cien veces aborrecidos. Les redactaban las proclamas bélicas, e invariablemente los convocaban —divisa en mano— a la acción política, es decir a la acción armada. Es que sencillamente no se podía llegar a la masa —rural o mismo urbana —si no era a través de su concurso.

La experiencia es una buena escuela política, y a pesar de no haber pisado jamás un aula universitaria —quizá tampoco primaria —muchos caudillos se dieron cuenta de la arrogancia doctoral. Recordaban, por ejemplo, en una proclama del 75 "...el perpetuo desprecio a los que hemos vivido en los campamentos, derramando nuestra sangre, pra recibir como recompensa de esos políticos que se educaban mientras nuestros gauchos morían, el desdén y los calificativos de elementos personales y bárbaros y caudillejos de chuza". (Citado por Lockart).

Repetimos: a veces, la fractura doctoral —caudillista se da en uno y otro bando; otras, en forma simultánea en los dos partidos, agrupándose entonces caudillos y doctores por encima de las divisas.

LOS DOCTORES Y RIVERA

Veamos los ejemplos más relevantes de ambas manifestaciones.

En el partido colorado se produce una quiebra elocuente durante el gobierno de la Defensa. Aquellos jóvenes imbuidos de los patrones políticos y los modelos culturales de Europa, coexistieron dificultosamente con la personalidad de Rivera. La ligazón de éste con ese régimen tan urbano y extranjerizante, le hizo perder pie en su elemento natural: la campaña. Eso explica, en definitiva, su derrota de India Muerta en 1845. Y esa derrota, a su vez, explica su desplazamiento del gobierno.

Aborrecido desde siempre por los doctores, éstos se colocaron a su sombra cuando no pudieron hacer otra cosa. Cuando creyeron posible prescindir de él —ya no les era útil—, lo enviaron en misión "diplomática" al Paraguay. Sus adictos —que los tenía también en Montevideo— lo instalan de nuevo por la fuerza. Un año después, en el 47, es desterrado finalmente a Brasil. Pero subyacía un elemento no desdeñable para el rompimiento: el intento de Rivera de entenderse con Oribe, y poner fin a un conflicto en el cual los intereses orientales no parecían ocupar el primer plano.

LOS DOCTORES Y SARAVIA

Un poco más difícil es percibir una pugna de este tipo en el partido blanco. Pese a ello, el levantamiento saravista del 96 ilustra la fractura.

El Directorio blanco —doctoral— amagaba desde tiempo atrás con la puesta en marcha de una acción armada. Cuando el caudillo en ciernes ofrecía los títulos de sus campos para activar el pronunciamiento, recibía una evasiva.

Producido ya el levantamiento, el mismo fue desautorizado en duros términos por el doctoral directorio. Al igual que Rivera, Saravia también les recogió el guante. A un periodista montevideano que se le incorpora en el 96, le expresa: "Ojalá se portaran así todos sus amigos de Montevideo. ¡Cuántos me han faltado! Con esa clase de gente es imposible hacer patria. Si no muero, vencedor o vencido, llegará el tiempo en que han de pagar la felonía" (Citado por N. Saravia García).

CAUDILLOS Y DOCTORES POR ENCIMA DE LOS PARTIDOS

Los enfrentamientos supra-partidarios de caudillos y doctores, tienen una ubicación bien precisa en nuestra historia política: la década de los 50' y comienzos de los 60', con la llamada "fusión" y la de los 70' con el "principismo". A ambos aludiremos en las siguientes páginas. Pero conviene adelantar que los dos fenómenos fueron protagonizados por la élite doctoral. Ambas fustigaron durante a los partidos de "divisas" y propusieron —con matices— la creación de nuevos partidos no fincados en la tradición. El centro de la prédica pasó también por la crítica implacable a los caudillos.

Así, la Unión Liberal fue una efímera concreción de un nuevo partido promovido por el espíritu fusionista del 55. Revistaron en sus filas doctores de extracción blanca y colorada. Por parte de los primeros: Aguirre, Berro, Antuña y Errazquin. En cuanto a los segundos: Lamas, Muñoz, Lorenzo Batlle y Manuel Herrera y Obes.

La respuesta caudillista no demoró demasiado en salirle al cruce a esta arremetida doctoral: en noviembre del 55, Oribe y Flores firmaban el Pacto de la Unión. Ambos renunciaban a presentar su candidatura en la próxima elección presidencial, y apoyaban la postualación de Gabriel A. Pereira.

Era un tiro por elevación contra el espíritu anticaudillista de la fusión y sus representantes.

Durante el período "principista", veinte años más tarde, los doctores de origen colorado y blanco se autodefinían así: "... (ciudadanos) dignos por su ilustración notoria, por su honradez intachable, por su espíritu progresista y liberal y su amor a las instituciones democráticas..."El elemento caudillista era tildado, paralelamente, de sanguinario, corrompido y retrógrado.

Luego de innumerables intentos por erradicar "superestructuralmente" al caudillismo —sin tomar conciencia que era la realidad social y económica del país la que lo generaba—, los doctores volvían una y otra vez a hacer política con estos cerriles conductores de hombres.

Lorenzo Batlle, convertido en presidente en el 68, debe dejar de lado sus convicciones anticaudillistas de antaño, y gobernar pactando y apoyándose en el elemento tradicional colorado de la campaña, representado entonces por los caudillos Máximo Pérez y Francisco Caraballo.

En similar sentido deben obrar los jóvenes intelectuales blancos principistas. Así, en 1870 se suman a una revolución caudillista en ascenso, la de Timoteo Aparicio.



Juan José de Herrera, un principista con toda la barba.

La "fusión" busca borrar a los dos partidos

AL DIA SIGUIENTE DE LA GUERRA GRANDE

La Guerra Grande dejó muchas secuelas. Entre ellas una crisis aguda en nuestros partido tradicionales. Esta crisis tuvo tres raíces. Primero, la situación material del país una vez terminado el conflicto, y las exigencias de las clases propietarias. Segundo, el riesgo de desaparición como país independiente, ejemplificado en los tratados de octubre del 51. Tercero, una "extranjerización" de las clases poseedoras –grandes latifundistas y alto comercio– que exacerbó los dos problemas anteriores y generó uno nuevo: la arremetida del núcleo doctoral para asumir, definitivamente, el control del Estado, convencido de ser el único capaz de mantener la "nacionalidad" ante tantos acechos y desafíos.

El frágil equilibrio interno entre doctores y caudillos, dentro de blancos y colorados, iba a romperse.

Estancieros y saladeristas reclamaban paz para recomponer una riqueza ganadera al borde de la extinción. Grandes comerciantes-prestamistas reclamaban paz para cobrar lo que habían prestado al gobierno de la Defensa. Muchos de los miembros de esos grupos eran ahora franceses, ingleses o brasileños, y podían incitar la intervención de sus gobiernos si no eran satisfechos.

Por otra parte, el anhelo de paz duradera también llegaba a los sectores populares luego de 15 años de guerra civil ininterrumpida.

DOCTORES BLANCOS Y COLORADOS IMPULSAN LA UNION

En ese contexto se produjo una auténtica reformulación de nuestra realidad partidaria. Los doctores de ambos bandos la impulsaron.

Las elecciones de fines del 51 muestran la nueva tónica. En casi todos los departamentos se confeccionaron listas únicas con miembros ilustrados blancos y colorados. Asumida la nueva legislatura, ésta emite un manifiesto que entre otras cosas dice: "... cesen esas odiosas distinciones de colores políticos; no se mencionen esos partidos que, desde este momento, deben dejar de existir. La unión más estrecha y los más fraternales sentimientos liguen a todos los orientales; no haya más distinciones que el mérito, el saber, la virtud y el patriotismo". (Citado por Zum Felde).

CONTRA LOS PARTIDOS Y CONTRA LOS CAUDILLOS

La formulación más cabal de la idea fusionista se encuentra en el manifiesto de Andrés Lamas de julio del 55. Tres son sus pilares doctrinarios. En primer lugar, la negación de las divisas "¿Qué representan esas divisas blancas y esas divisas coloradas? Representan las desgracias del país, las ruinas que nos cercan, la miseriasy el luto de las familias, la verguenza de haber andado pordioseando en los dos hemisferios, la necesidad de las intervenciones extranjeras, el descrédito del país, la bancarrota en todas su más amargas humillaciones, odios, pasiones, miserias personales".

En segundo término, una dureza extrema con los caudillos:"Los hombres que ciñen esas divisas, los hombres de nuestros campos, no son más que pedazos de carne destinados a nutrir esos buitres que llamamos caudillos".

Y finalmente, la convocatoria a todos los "hombres buenos" (eufemismo para referirse a los doctores) para crear un nuevo partido: "No hay fusión práctica sin la cración de un partido, ni partido que pueda operar una fusión sin emprender una obra que satisfaga las necesidades colectivas". (Citado por Williman).



Ya vimos cómo todo esto tuvo una efímera concreción, la Unión Liberal, integrada por elementos urbano-doctorales de origen blanco y colorado. Su programa se completó con ingredientes ideológicos que nos ilustran sobre su marco doctrinal: "... (Su programa) recogía las ideas en boga en el mundo europeo de la época, signadas por una ingenua fe en el progreso material y en la vigencia de la 'libertad' como fin y fundamento de la actividad política y económica". (Real de Azúa).

TRES GOBIERNOS IMPULSARON LA FUSION

Tres fueron los gobiernos que intentaron concretar la superación de las viejas divisas, y relegar a los caudillos de la conducción estatal:

El de Francisco Giró (hombre de pasado blanco) entre 1852-53, derrocado por fuerzas opuestas a la fusión dentro del coloradismo; el de Gabriel A. Pereira (hombre de pasado colorado) entre 1856-60, curiosamente elegido presidente como fruto del pacto de los caudillos Flores y Oribe en la Unión y que debió enfrentar a los colorados anti-fusionistas, a los que logró dominar; y por último, el de Bernardo P. Berro (también de origen blanco) entre el 1860-64, que finalizó jaqueado por la revolución de Flores del 63.

El fusionismo hecho gobierno actuó con firmeza para imponer su proyecto. Durante el gobierno de Pereira se decretó prisión para aquellos que intentasen "resucitar los dos viejos partidos". También se actuó duramente frente a los más activos oponentes a la idea, provenientes del coloradismo. Se los destierra primero y se los fusila luego (cuando se alzan en armas) en el polémico episodio de Paso Quinteros.

Con igual identificación fusionista actúa Berro. En el 60 dicta un decreto "en el que establecía que un hombre que saliera a la calle llevando la bandera blanca o colorada, y evocando los viejos odios, sería puesto de inmediato en prisión" (Barrán).

EL PARTIDO CONSERVADOR SE OPONE A LA FUSION

Hemos dicho que la mayor oposición a la idea fusionista provino del coloradismo. Así fue, aunque también en filas blancas hubo oposición.

No volveremos sobre la oposición caudillista, de la que el Pacto de la Unión fue su expresión más elaborada. Aludiremos primero a la oposición beligerante del llamado partido "conservador".

Se denominó así a un grupo de connotados militares colorados de origen urbano (fogueados durante el Sitio Grande), y de civiles ilustrados, opuestos con igual fuerza a la idea fusionista y al caudillismo. Del elemento militar destacamos a César Díaz; del civil, a Juan C. Gómez.

Una síntesis de su pensamiento puede ser la que sigue: "(entendían) que la tarea de los hombres ilustrados era iluminar las tradiciones políticas y no negarlas y suprimirlas" (Real de Azúa). Debían "conservar" la tradición liberal de la Defensa, de ahí su denominación.

Marcaron, pues, una nueva ruptura dentro del partido colorado, dividido por entonces en fusionistas (Pereira, Anacleto Medina), tradicionalistas caudillescos (Flores), y conservadores.

Organizan en el 53 el motín militar que a la postre termina con el gobierno de Giró. En agosto del 55 se levantan en Montevideo y deponen a Flores. En noviembre del mismo año lo hacen contra Bustamante, sucesor del caudillismo colorado y fuertemente vinculado a él. En el 57 se alzan contra Pereira y a comienzos del 58 son diezmados en Quinteros. Muchos de ellos terminan apoyando la Cruzada Libertadora de Flores en el 63. Se rindieron frente al caudillismo, pero no perdieron su animosidad frente a la fusión y al partido blanco, al que acusaban de ser el beneficiario de aquélla.

OPOSITORES BLANCOS A LA FUSION

La política de fusión también originó divisiones dentro del partido blanco.

Oribe se opone a ella a través del Pacto de la Unión. Fallecido en el 57, la división se pone de manifiesto durante el gobierno de Berro. Surgen entonces dos grupos: los "vicentinos", comprometidos con la fusión y con la gestión de Berro; los "amapolas", dispuestos a mantener la tradición blanca y apoyarse en el caudillismo.

La revolución de Flores, iniciada en 1863, con todas sus implicancias internacionales, terminó arrastrando a los conservadores colorados tras el caudillo. Terminó asimismo con todo vestigio de fusión. Por lo tanto, la división blanca entre "amapolas" y "vicentinos", también se borra cuando el Partido Blanco todo sea objeto de una implacable persecusión a partir del 65.

Cuando, como partido, levante cabeza, lo hará tras un caudillo del viejo estilo: Timoteo Aparicio y su "Revolución de las Lanzas" en 1870.

El caudillismo y las divisas volvían entonces por sus fueros. El futuro mediato les depararía, empero, nuevos sacudimientos.

POR QUE FRACASO LA FUSION

¿Cuáles fueron las causas del fracaso del intento fusionista?. Las hubo de diversa índole. Desde el punto de vista "estructural", el desinterés por parte de la clase alta (en sus dos vertientes: estanciero-saladerista y comerciante-financiera) por una política de este tipo, toda vez que una década de paz había dado sus frutos (la mayor parte de las convulsiones del período tuvieron por centro Montevideo, y cuando desbordaron a la campaña fueron de poca trascendencia y de mínima duración).

La prescindencia de nuestros vecinos en las cuestiones orientales era un presupuesto clave para la concreción del proyecto (Berro hablará de la "nacionalización de nuestro destino"). La Cruzada de Flores mostraría que la misma era inexistente.

La mentalidad elitista de los doctores de la fusión les había hecho perder de vista que el sentimiento de las masas estaba con las divisas y los caudillos.

Era ya imposible, en el siglo XIX, hacer política sin masas.



La efigie típicamente romántica de Juan Carlos Gómez militó en el efímero (pero activo) Partido Conservador.

El principismo, nueva tentativa de los doctores

Nuestro país se vio convulsionado seriamente durante la revolución de Timoteo Aparicio entre 1870-72. No veremos aquí las causas de la misma. Sí su consecuencias.

Decíamos que fue una convulsión en toda la regla. Lo atestiguan el volumen del ejército revolucionario y la duración de la campaña. El espectro de la Guerra Grande (sobre todo en lo relativo a la destrucción de la riqueza ganadera) volvió a pasearse con fuerza. Tres fueron las derivaciones más importantes de la revolución de las lanzas: primero, que en su transcurso se funda la Asociación Rrural; segundo, que da origen a una innovación de nuestra convivencia partidaria, la co-participación; y por último, que da forma a otro intento serio de transormación de nuestros partidos; el fenómeno principista. Debemos hablar brevemente de este último.

QUIENES FUERON Y COMO ACTUARON LOS PRINCIPISTAS

El principismo fue protagonizado por "doctores", casi todos abogados, y algunos que no llegaron a serlo pero que pasaron por la universidad. Eran también, en su mayoría, extremadamente jóvenes. Actuaron como corrientes entre 1870 y 1875.

Se los ha definido así: "un ser austero, rígido, altisonante, que anteponía siempre sus geométricas convicciones liberales a todos los dictados del interés inmediato, a todas las deformaciones de la conveniencia (y hasta de la convivencia)... una yerta efusión de grandes palabras, sonoras generalidades, fórmulas resplandecientes". (Real de Azúa, citado por Machado).

Están signados por un mismo marco ideológico: el liberalismo. "El fundamento de su doctrina política lo constituía la afirmación de los derechos individuales y su intransigente defensa. Como esencia de ellos se encontraba la noción de libertad: 'La libertad como punto de partida, la libertad como medio, la libertad como fin'. La libertad del individuo se articulaba en varios aspectos: libertad de conciencia, de prensa, de profesión, de propiedad y comercio". (Manuel Claps).

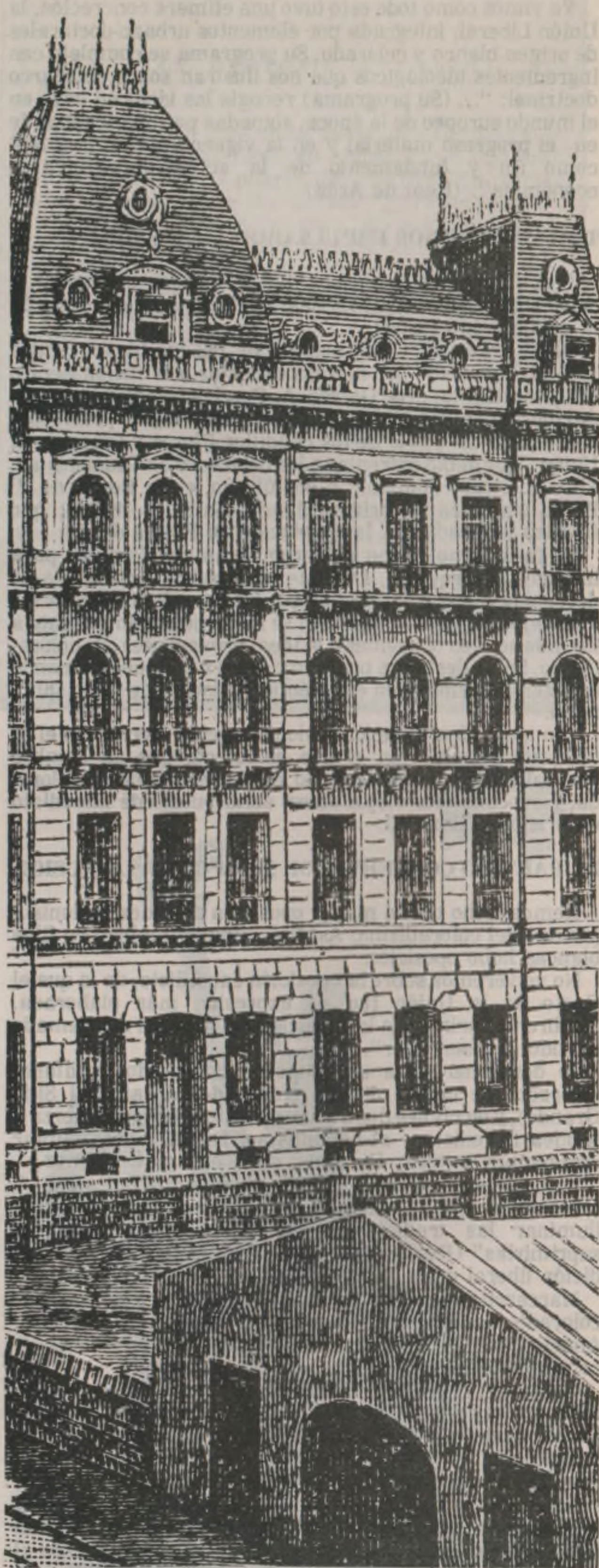
Sustentaban también una clara noción de Estado. "La función del Estado debía limitarse solamente a mantener la seguridad general y garantizar el usufructo de las libertades. Una cuidadosa delimitación de poderes asegurará el libre juego de los individuos y de las instituciones". (Claps).

CONTRA LOS PARTIDOS, CONTRA LOS CAUDILLOS

Como ya vimos, demolieron de palabra a los viejos partidos de divisa.

Estos habían impedido el progreso material del país, y el moral de sus habitantes. Por tanto tenían que ser sustituidos por partido de "ideas", de "principios" (de ahí lo de principistas), con programas definidos, a los que pudieran adherir todos los ciudadanos que compartiesen tales ideas y principios.

De los caudillos ya sabemos qué pensaban: caudillaje despreciable, sanguinario y corrompido; así lo calificaron.



La Universidad fue la fábrica de varias generaciones de doctores y tribunos.

Sus propuestas genéricas pueden resumirse de la siguiente forma: democratización del sistema electoral; separación de la Iglesia del Estado; reorganización del sistema de justicia y reforma educacional. También reforma constitucional.

Llevaban al paroxismo su espíritu elitista. Lo confirma las palabras de un protagonista: "Toda mi vida he creído que hay una aristocracia lefítima en sí, y necesaria para la felicidad y el progreso del pueblo; la de los mejores, es decir, de los más honrados y capaces; aristocracia que como Ud. sabe, reconoce y consagra nuestra Constitución...". (Citado por A. Mariani).

QUE FUERON LAS CAMARAS BIZANTINAS

En las elecciones de noviembre de 1872, los principistas ganan posiciones. Formarán mayoría en la legislatura instalada en el 73. A su frente, en el parlamento, se encontró un núcleo que se hallaba en contacto con el caudillismo. Fueron motejados por aquéllos de "candomberos".

Se conoció a ese parlamento con el curioso nombre de "Cámaras Bizantinas".

"En este período legislativo brillaron las controversias parlamentarias, sus discursos fueron los más ampulosos y eruditos. La Cámara, elevada a la más alta dignidad, fue un centro de cultura; pero esta trascendental sublimación de los pensamientos, desvinculó a sus integrantes de la realidad, desconociendo los momentos críticos por los que atravesaba el país".

TRES GRUPOS DE PRINCIPISTAS

Pero la experiencia fusionista, y su fracaso, estaban en la mente de todos estos principistas. Por lo tanto, su comportamiento político se diversificó en tres actitudes. A pesar de formar siempre una corriente claramente identificable, se formaron tres agrupaciones: el club Radical, el club Nacional y el club Libertad.

1. EL CLUB RADICAL

El club Radical abjuraba abiertamente de los dos viejos partidos. Propugnaba "(la) formación de partidos de principios con absoluta y categórica independencia de los partidos personales en que se divide actualmente la república" (Cuaderno De Marcha 58). Sus integrantes consideraban que el club cuya formación alentaban, era precisamente la primera concreción de ese anhelo. .

Como se puede aprecir, era en éste punto un directo heredero y continuador del ideal fusionista.

En él se alistaron hombres de origen blanco y colorado: Miguel Herrera y Obes, Aureliano Rodríguez Larreta, Carlos Ma. Ramírez, Eduardo Brito del Pino y José P. Varela.

Otros doctores, que compartían el grueso del planteo radical, discrepaban empero en el punto preciso del juicio público a las antiguas divisas.

2. EL CLUB NACIONAL

Esa fue la actitud de los principistas de origen blanco que se nuclearon en torno al club Nacional.

Convocaban a todos los ciudadanos a que adhiriesen a su programa de principios, sin hacer cuestión por la militancia política anterior. Por eso el nombre del club. "(El club Nacional) no condena ni glorifica a los partidos del pasado; no considera ligado en su marcha futura a los hechos que en aquella aspiración haya sido contrariada o des' conocida, y condena todo esfuerzo que tienda a la organización o perpetuación de partidos o bandos personales, de partidos exclusivistas y tiránicos que renovarían las calamidades de otras épocas." (Cuadernos de Marcha 58). Relegaba a la historia el juicio del pasado. Encontramos en él a figuras como Agustín de Vedia y Francisco Lavandeira.

nombre de Nacional al de Blanco. La masa se siguió llamando blanca, no renegó de la tradición.

3. EL CLUB LIBERTAD

Un sector principista de extracción colorada, formó la tercera variante de conducta política principista. No sólo no condenó el pasado partidario, sino que se reconoció en él. "Nos llamamos liberales sin tener inconveniente en declarar que somos los antiguos colorados". (Cuadernos de Marcha 58). Formaron el club Libertad.

Entroncaban con la tradición "conservadora" de los años cincuenta. Se proponían cambiar al Partido Colorado desde dentro, hacia una orientación principista. Para ellos, sólo dentro del coloradismo podían encontrarse los recursos morales para llegar a la cúspide liberal, y a la cración de partidos de ideas. Reivindicaban en especial la tradición de la Defensa.

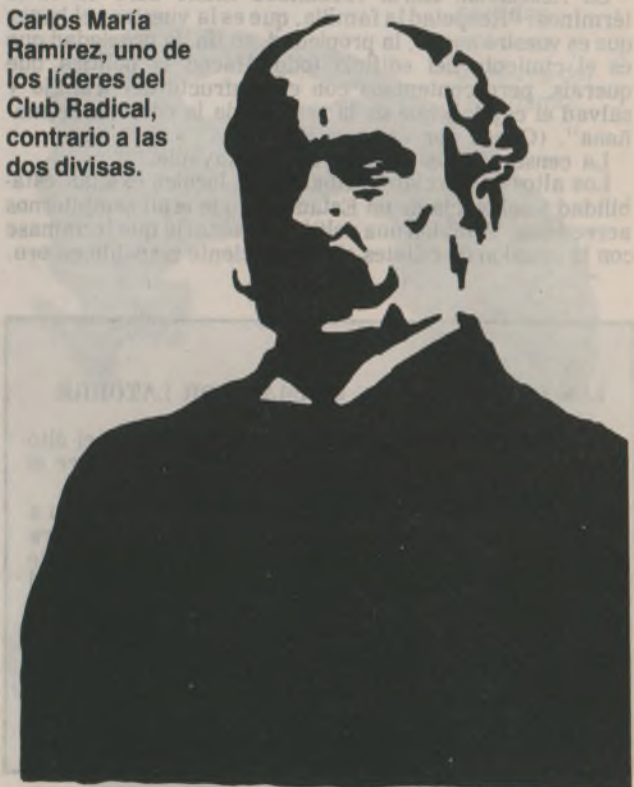
Criticaron por lo mismo a los principistas colorados que se sumaron al club Radical, argumentando que le restaban fuerza a la regeneración del Partido Colorado, y que corrían

En esto no se equivocaban. Julio Herrera y Obes y José P. . Ramírez lo encabezaron.

"TAN CULTOS COMO INUTILES"

Los principistas, que en sus distintas vertientes parecían concretar una verdadera transformación de la realidad partidaria, eran portavoces de una clara inadecuación de nuestros partidos ante las exigencias sociales y económicas del Uruguay de los 70'. Por lo tanto, su acción presagiaba una crisis inédita para el sistema de partidos del siglo XIX. Esa crisis se abrió con el motín del 15 de enero del 75, y fue el militarismo su contexto por espacio de una década.

Un adelanto para explicar lo que vendrá: "Nunca se ha visto un conjunto de hombres más cultos y más inútiles. Su inutilidad les viene de su desconocimiento de la realidad del país y de su falta de sentido positivo; son frutos de aula, de gabinete forense, de literatura parlamentaria europea, de tratados de varios tomos; son cerebros abstractos, formados en el teorismo de las doctrinas constitucionales y en la retórica constitucional de los girondinos" (corriente dentro de la Revolución Francesa). (Zum Felde).



Carlos María Ramírez, uno de los líderes del Club Radical, contrario a las dos divisas.

El militarismo y el repliegue de los partidos

No es éste el lugar para hacer un estudio del fenómeno y del período militarista. Se los encontrará en el fascículo 4 de esta colección. Sólo los abordaremos en su relación con los partidos políticos.

Una reflexión preliminar. El régimen militarista (sobre todo durante la época de Latorre) contó con el caluroso apoyo de las clases altas de la sociedad, y también de los inversionistas extranjeros.

LA NECESIDAD DE UN ESTADO FUERTE

Durante la década militar (1875-86), los partidos pasaron a un segundo plano (la aseveración pierde fuerza en los últimos años del gobierno de Santos). Fácil es entonces colegir que no supieron responder a las más acuciantes necesidades de un Uruguay que se "modernizaba", reafirmando su dependencia con las metrópolis capitalistas y con el mercado mundial. Los grupos sociales beneficiarios e impulsores de esa "modernización", no lo perdonaron.

Todo puede ser reducido a lo siguiente: se necesitaba un Estado fuerte, con verdadero poder coactivo, un Estado real y no ficticio.

¿Para qué se necesitaba tal Estado? Para impulsar el alambramiento de los campos, y con él la mestización de la ganadería bovina y ovina, de modo de adecuarnos al nuevopapel que nos asignaba la división internacional del trabajo.

La Asociación Rural reclamaba mano dura en estos términos: "Respetad la familia, que es la vuestra; el hogar que es vuestro hogar; la propiedad, en fin, la propiedad que es el cimiento del edificio todo. Haced la política que querais, pero contentaos con el usufructo del trabajo y salvad el capital, que es la semilla de la cosecha de mañana". (Citado por Vázquez Franco).

La censura a los partidos es insoslayable.

Los altos comerciantes-financistas locales exigían estabilidad y solvencia de un Estado del que eran sempiternos acreedores. También una política monetaria que terminase con la emisión de billetes sin el suficiente respaldo en oro.

LOS COMERCIANTES CLAMAN POR LATORRE

Es precisamente una reunión convocada por el alto comercio montevideano la que le otorga a Latorre el espaldarazo definitivo en marzo del 76:

"...(Los portavoces del alto comercio) declararon a nombre de la reunión que, para salvar el país, era necesario que todos los poderes viniesen abajo y, desde que el coronel Latorre disponía de la fuerza, él era el que debía asumir el Poder Ejecutivo de la Nación, rodeándose de los hombres más conspicuos de todos los partidos, tirándose de una vez por todas al abismo los trapos (divisas) que nos habían perdido". (Cuadernos de Marcha 59).

No eran, pues, menos duros que los hacendados.

En una época en que los grandes centros capitalistas no sólo colocan en el exterior sus productos manufacturados, sino también en forma creciente capitales excedentes, la buena disposición de la siempre influyente Gran Bretaña cierra la trilogía.

LOS INGLESES QUIEREN ORDEN

Un representante de Su Majestad, le decía lo siguiente al cronel Latorre: "Para traer inmigración y, lo que no deja de ser menospreciosotambién, el capital sobreabundafte en los países más ricos, dos cosas esenciales son precisas: la certidumbre del fiel cumplimiento de los contratos que se establecen y la perspectiva de una completa seguridad en la vida y propiedad, junto con la confianza en la estabili dad de los poderes gubernativos". (Citado por Machado).

Si ahora reclamaban estabilidad gubernativa, era porque presumiblemente antes no la habían encontrado...

PRESCINDIENDO DE LOS PARTIDOS

Con esos apoyos en su haber, Latorre pudo prescindir de los partidos, y obligarlos a un momentáneo repliegue. En su primer manifiesto declaraba esa voluntad: "La nueva situación (su ascenso al poder) no es obra de facciones turbulentas o inmorales, ni de partidos intransigentes. Más aún, tengo la convicción de que hoy, el poder de cualquiera de los partidos que dividen nuestra patria, no sería sino la tiranía en el gobierno, la emigración o la guerra civil en los gobernados y el martirio para el país". (Cuadernos de Marcha 59).

Agregaba en el mismo documento: "...también me hago un honor en declarar que mi gobierno prescindirá absolutamente de nuestras discordias anteriores y de todo favoritismo de partido". (Cuadernos de Marcha 59). El mensaje era elocuente.

NI DOCTORES NI CAUDILLOS

Los partidos fueron desactivados en sus dos vertientes, la doctoral y la caudilista. El refugio de los primeros fueron las discusiones filosóficas o religiosas en el recintemente creado Ateneo. Los segundos se vieron compelidos a someterse al nuevo Estado que -fusil Rémington, telégrafo y ferrocarril mediante- los tornaba anacrónicos (Saravia, empero, resumiría dos décadas después la vitalidad restante). El caso típico es el de Timoteo Aparicio: sirvió al nuevo régimen, fue mediatizado, se desdibujó como caudillo. Otros no se resignaron, quisieron imponerse como antaño, y murieron baleados a distancia, como Máximo Pérez.



Un ejército profesional para un estado fuerte.

El ejército que respaldó nuestro "militarismo", y los jefes que lo protagonizaron, no surgieron, por supuesto, de la nada. Nuestro ejército se modernizó, tecnificó y adquirió "espíritu de cuerpo", en dos conflictos eminentemente partidistas: combatiendo en la Guerra del Paraguay, y enfrentando a la "Revolución de las Lanzas". ".

Los motineros del 75, empezando por el mismo Latorre, eran de reconocida filiación colorada. A pesar de que Latorre cumplió su promesa inicial, y gobernó con prescindencia partidaria, su contra-versión, Máximo Santos (tan diferente al coronel en la exterioridad, tan similar en tanto garante de los intereses dominantes), desanduvo lentamente ese camino.

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS

El repliegue de los partidos tiene un momento preciso: el fracaso de la revolución "tricolor" contra el militarismo emergente, en 1875. Este movimiento, que congregó a principistas blancos y colorados, a caudillos de uno y otro bando, nos ilustra con su fracaso militar acerca de la crisis partidaria que el motín militar puso al desnudo.

Doctores y caudillos terminaron unidos. Los principistas renegaban de su posición doctrinaria y llamaban en su auxilio a los aborrecidos caudillos. Estos, por su parte, vivían su propia crisis. Habían desaparecido los de alcance y prestigio nacional (mediatizado, como dijimos, T. Aparicio); quedaban sólo los de segundo orden y alcance regional.

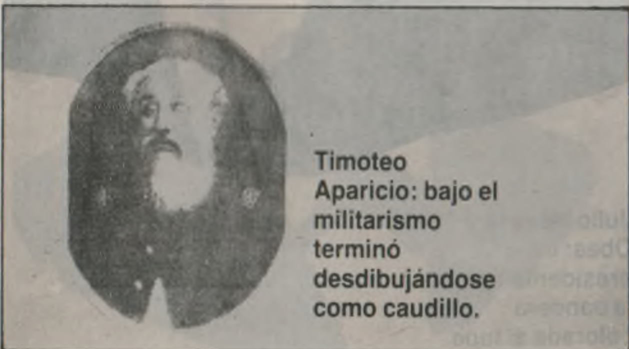
Se unieron ambas tendencias (caudillista y doctoral) superando las divisas -recurriendo a los colores de la bandera de los 33, de ahí lo de "tricolor"—sólo porque un fenómeno nuevo, el militarismo, había copado la escena. En la ocasión, los doctores mostraron su impotencia, los caudillos su opacamiento.

EL RETORNO DE LOS PARTIDOS

Una vez realizada con mano de hierro, durante el período latorrista, la tarea histórica del momento, los partidos encuentran en las debilidades del santismo el resquicio por donde regresar.

El Partido Colorado lo hace dividido. Un sector es oficialista. Es el "Gran Partido Colorado" liderado por Santos. Otro le hace oposición: es el Partido Colorado Liberal (Julio Herrera y Obes y Lorenzo Batlle).

Desde junio del 86, en las postrimerías del santismo, el hijo del general y ex-presidente Lorenzo Batlle, José Batlle y Ordóñez, abría desde las páginas de "El Día" un nuevo frente opositor, apegado, sí, a la tradición colorada. Decía un primer editorial: "Nuestra bandera es una bandera de colores bien definidos: de oposición desembozada y sistemática, de lucha ardiente y sin tregua para obtener la reconstitución legal de la República". "...Entendido que es revolucionario todo aquel que piensa que puede y debe emplearse la violencia si no hay mejor medio para arrojar de los puestos que ocupan a los gobernantes que escarnecen las leyes, todo el país es revolucionario". (Citado por Machado).



Timoteo Aparicio: bajo el militarismo terminó desdibujándose como caudillo.

LA VUELTA DE LOS BLANCOS

El Partido Blanco se reorganiza también. Lo hace bajo la égida doctoral. No es casualidad que Timoteo Aparicio muere a comienzos de los 80'. Fue, hasta el encumbramiento de Saravia, el último caudillo blanco de proyección nacional. De haber vivido más, tampoco hubiera podido encabezar la reorganización. Había sido anulado por el militarismo.

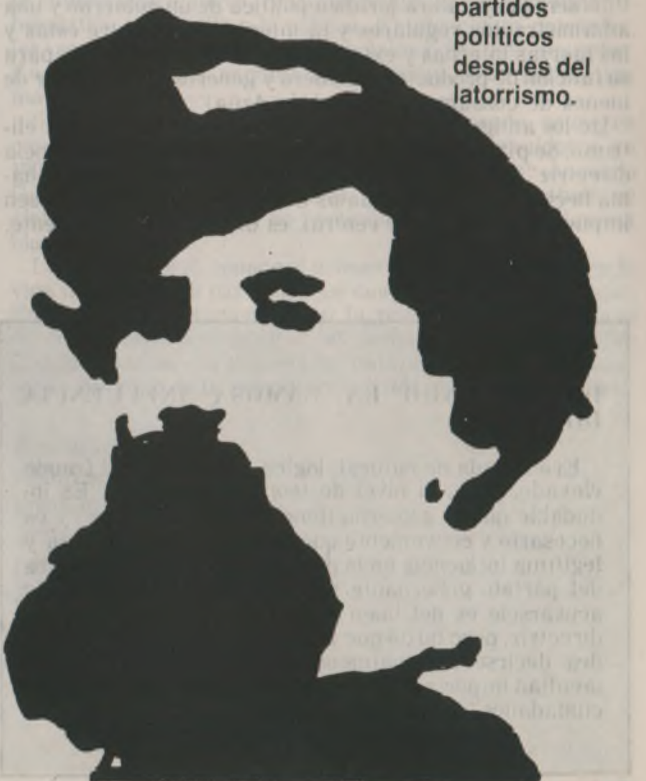
Muchos doctores de origen blanco, principistas en los 70', tomaron nota de dos hechos: del fracaso general del principismo frente al poder militar, y de cómo el régimen surgido del militarismo terminó identificándose con la tradición colorada. Ellos también volvían, a su manera, a la tradición. Quedaban empero, muchos resabios de su principismo. Uno, el nombre de partido Nacional como sinónimo de partido Blanco. Entre sus figuras más destacadas, Duvimioso Terra y Agustín de Vedia.

EL PARTIDO CONSTITUCIONAL - LA REVOLUCION DEL QUEBRACHO

Por último, se organiza en el 81 el partido Constitucional. Era la proyección del principismo que en la década anterior renegó de las divisas. No perdió jamás su carácter elitista. Sus dirigentes más destacados fueron José P. Ramírez, Aureliano Rodríguez Larreta y Martín C. Martínez.

En marzo del 86, los blanco-nacionalistas, los colorados opositores y los constitucionalistas, organizaron la revolución del Quebracho contra Santos. Fracasaron. Similitud con la Tricolor. Una diferencia sin embargo: actúan contra un militarismo en declive y no en ascenso, como en 1875.

Debemos, por fin, señalar una particularidad del santismo. Con su coloradismo "...ayudó a embretar el poder castrense dentro de los cuadros del partido dominante. Desde 1880, en fecha redonda, ser militar era montar guardia en torno a la permanencia en el poder de la colectividad de la Defensa". (Real de Azúa)



Máximo Santos propició el retorno de los partidos políticos después del latorrismo.

La última década del siglo XIX: el presidencialismo, la coparticipación entre colorados y blancos

La última década de nuestro siglo XIX se caracterizó en lo político por la afirmación de un fenómeno nuevo: el "presidencialismo". El mismo es, en rigor, la combinación de viejas y nuevas situaciones.

EL ASCENSO DE ANTIGUOS PRINCIPISTAS COLORADOS

Con un Estado eficaz, moderno, coactivo, creado por el militarismo; amparado en las prerrogativas presidenciales de la Constitución del 30; con un caudillismo en retirada; y con el fraude electoral como sistema, un grupo de antiguos principistas colorados tomó las riendas del poder. El gobierno de Julio Herrera y Obes (1890-94) fue su más cabal expresión.

Expresaban una realidad dependiente, y ésta reclamaba "... (ser) la ejecutora jurídico-política de un gobierno y una administración regulares y la intermediaria entre éstas y las fuerzas internas y externas que modelaban el país para su función de productor ganadero y generoso importador de bienes de consumo...". (Real de Azúa)

De los antiguos arrestos principistas sólo quedaba el elitismo. Se plasmó en una "doctrina" política: la "influencia directriz". Esta equivalía a justificar lo que siempre se había hecho: que los candidatos a los cargos electivos fuesen impuestos por el poder central, es decir por el Presidente.

DEFENDIENDO LA FAMOSA INFLUENCIA DIRECTRIZ

Era tildada de natural, lógica y benéfica. El fraude elevado, pues, al nivel de teoría de Estado: "Es indudable que el gobierno tiene y tendrá siempre (y es necesario y conveniente que la tenga) una poderosa y legítima influencia en la designación de los candidatos del partido gobernante y entonces, de lo que puede acusársele es del buen o mal uso de esa influencia directriz, pero no de que la ejerza, y mucho menos podrá decirse racionalmente que el ejercicio de esa facultad importa el despojo del derecho electoral de los ciudadanos". (Traversoni)

EL REINADO DE LOS GRUPOS O "CIRCULOS"

No había por qué temerle al caudillismo (al menos eso parecía): el militarismo y su nuevo Estado lo habían eliminado. El militarismo mismo, como vimos, había quedado en el redil del partidarismo colorado. Los doctores que formaban el "círculo", la "colectividad" (de ahí el nombre de "colectivismo") pensaron que podían dirigir el país a su antojo.

"De cualquier manera, la realidad política de la última década se perfila dualísticamente por el bajísimo índice de representatividad del elenco gobernante y el imperio de los 'círculos', congregación de los más aprovechados intermediarios que estaban promoviendo la corriente de empréstitos y el proceso de modernización de la infraestructura (ferrocarriles, puertos etc.)". (Real de Azúa).

En el ámbito de las relaciones partidarias, el esquema haría agua por dos lados.

LOS COLORADOS EXCLUYEN A LOS BLANCOS

En aras de no preocupar a un ejército identificado con lo colorado, y también por propia convicción, el "presiden-



Julio Herrera y Obes: un presidente con la bandera colorada al tope.

cialismo" o "civilismo" gobernó con la bandera colorada al tope. Era el mismo modelo excluyente del otro bando que había signado nuestra realidad partidaria siempre (salvo las pocas excepciones que hemos visto). No había espacio de convivencia política con el Partido Blanco.

Mientras en ese partido dominaron los elementos doctorales, hermanos de clase y de mente de los "colectivistas", pero sin participación en el poder, el conflicto no llegó a mayores. Los opositores recurrían sólo a la abstención (plenamente justificada por el fraude institucionalizado).

El panorama cambió cuando esos doctores "nacionalistas" compitieron por la hegemonía partidaria, y perdieron, frente al último impulso caudillista, el de Aparicio Saravia.

Tampoco concitó el esquema la unanimidad dentro del Partido Colorado. Batlle y Ordóñez y su periódico "El Día", fogueados en la lucha anti-santista, se colocaron en la oposición.

EL COLORADO ASESINADO

El sucesor de Herrera y Obes fue Juan Idiarte Borda, un miembro de la "colectividad". Elección por demás complicada la suya. Durante 21 días sesionaron las cámaras antes de que un candidato reuniese los votos suficientes. Tuvo fuertes opositores en su propio partido, y por supuesto fuera de él. No poseyó, siquiera, la brillantez del mandatario saliente. Sí tuvo la intención de continuar con su sistema.

De él decía el diario de Batlle: "El señor Idiarte Borda tiene una característica bien conocida: ha sido en los últimos cuatro años, colocado a la cabeza de una comisión constituida quien sabe cómo, el gran manipulador de todos los escandalosos fraudes que en ese período se han cometido". (Citado por Machado).

¡Qué mejor ejemplo de ese rechazo dentro de su Partido, que el fin mismo del presidente y su gobierno! En agosto del 97 (con el país en vilo por la revolución blanca), un joven colorado lo hiere de muerte en la puerta de la catedral. El mismo "...se enorgullecía de ser colorado y de haber librado a su partido de quien usurpaba su representación en el gobierno". (Citado por Machado)

"El Día" afirmaba ante el magnicidio: "El destino o el azar ha sido blando para el señor Idiarte Borda, deparándole un fin inmediato, privándolo del tiempo necesario para reflexionar siquiera sobre las causas de su infortunio". (Citado por Machado)

Sobran los comentarios.



QUE FUE LA COPARTICIPACION

La oposición blanca se materializó en los levantamientos del 96 y 97.

Se entendió posible por parte del nacionalismo doctoral, contar con el apoyo del coloradismo popular de Batlle. Un manifiesto de los doctores decía: "No viene (el Partido Nacional) a esgrimir sus armas contra los hombres tan sólo porque lleve ésta o aquella divisa, que bien poco o nada significan en el terreno de la ciencia y de los principios de buen gobierno; sino que viene a luchar contra el sistema de dominio opresor creado por una colectividad ya incapaz...". (Cuadernos de Marcha 55).

Batlle no acepta el coqueteo. Afirma que la revolución blanca se dirige no sólo contra el régimen de turno, sino principalmente contra el Partido Colorado en su conjunto. Tenía ya en mente otros proyectos políticos.

La etapa que va desde el fin de la revolución del 97 hasta la elección de Batlle a la presidencia, en 1903, conoce una innovación importante en la relación inter-partidaria: nos referimos a la llamada co-participación.

No se designó con este nombre a lo que hoy llamaríamos gobierno de coalición. En efecto, no se trataba de un acuerdo a nivel parlamentario, ni mucho menos de integración conjunta del gabinete ministerial. Se trataba de otorgar el control de algunos departamentos, a través de la provisión de las Jefaturas Políticas, al partido opositor. De esta forma, el mismo se aseguraba una representación parlamentaria. También se aseguraba una base material para el caso en que debiera, en un futuro, recurrir al alzamiento armado. Las debilidades de la solución eran evidentes.

LAS DOS COPARTICIPACIONES

Pero en rigor, lo acontecido a partir del 97 fue una reedición, porque ya la revolución de T. Aparicio había terminado en el 72 mediante un acuerdo de esta índole.

En esa oportunidad, el Partido Blanco obtuvo cuatro jefaturas políticas de un total de trece. En el 97 fueron seis en diecinueve.

En esta segunda instancia, bajo la presidencia de Juan L. Cuestas, se alcanzaron además entendimientos circunstanciales. Las cámaras bordistas fueron disueltas en el 98 con la anuencia de blancos, constitucionalistas y colorados antibordistas, con Batlle a la cabeza. En elecciones parciales, los tres sectores presentan listas únicas, fruto de acuerdos. En esas listas los candidatos colorados eran indiscutida mayoría.

Si el período se abre con una división colorada, se cierra con una división blanca. Batlle es elegido presidente en 1903, gracias a los votos de blancos disidentes: Acevedo Díaz y los suyos, los llamados "calepinos". También se cierra con el fin de la co-participación y con la derrota blanca de 1904.

La década del 90 conoce el esbozo de modificaciones en la vida interna de los partidos, que cuajarán en el nuevo siglo. En el partido blanco-nacional la presencia de un órgano de conducción permanente: el Directorio. En el Partido Colorado aparece la concepción batllista del club seccional como cimiento de la estructura partidaria y escuela cívica.

Basilicio Saravia debió soportar durísimas cartas de su hermano Aparicio por oponerse a su Revolución.

Dos constantes de nuestra vida política en el siglo XIX: falta de espíritu cívico, fraude electoral



Aparicio Saravia.

Hagamos ahora una breve disgresión, para ilustrar una constante en la vida política del Uruguay del pasado siglo. Constante que enmarcaría y teñiría la relación entre nuestros partidos, influyendo en su accionar y en sus características. Nos referimos a la carencia de espíritu cívico y al fraude electoral.

ARREANDO VOTANTES

Al respecto recogemos este testimonio: "No hay conciencia ciudadana en la masa electora, sino arreadas de votantes blancos o colorados, por los caudillejos o los Comisarios, apoyando listas de candidatos que no conocen ni les importan". (Zum Felde).

No existían mecanismos de alternancia pacífica en el poder. La política no pasaba por las urnas, a pesar de que había elecciones. Estas eran tan sólo la confirmación fraudulenta de un predominio que se había adquirido por otros medios.

Eso marcaría grandemente a nuestros dos partidos tradicionales. No perdamos de vista que uno de ellos monopolizó (con poquísimas excepciones) el control del Estado y la función de gobierno: el Partido Colorado.

Por lógica, entonces, el Partido Blanco se convirtió, a fines de siglo, en el abanderado de la libertad y de la pureza del sufragio.

Las revoluciones del 96 y 97 tienen como uno de sus fundamentos principales, alcanzar esa libertad y esa pureza, así como consagrar el principio de la representación proporcional.

Estas revoluciones indicaban dos cosas. Primero, cómo una bandera doctoral, la libertad de sufragio (uno de los pilares de la prédica principista) permeaba ahora al elemento caudillesco. Nadie puede negar que la revolución del 97 inicia el tránsito –largo y complejo– desde el fraude sistemático hasta el ejercicio regular del voto. Pero nadie puede dudar tampoco de que esa conquista (clave para entender la vida partidaria en el siglo XX), si bien fue alentada y concebida en los círculos doctorales, se transformó en hecho político gracias a la presencia de Saravia y su "anacrónica" montonera.

EJEMPLOS DE INDIFERENCIA Y DE FRAUDES

Van, entonces, algunos ejemplos, entre muchos, de falta de espíritu cívico y de fraude electoral.

1 La distancia entre el número de habitantes y el de votantes, era abismal. Las cifras son para las elecciones del 87: Total de habitantes del país 648.297; total de votantes, 34.497; porcentaje de votantes sobre habitantes, 5.32%.

2 Los Jefes Políticos y los comisarios fueron las mejores correas de trasmisión de los designios electorales de la presidencia. Veamos una circular oficial: "Adjunto a usted las listas para suplentes de representantes que debe elegir el departamento de Canelones. El Gobierno se complacerá en el triunfo de esos candidatos y espera, para facilitar su administración, la ayuda de sus adictos en ese sentido". Iba dirigida al Jefe Político. (Citado por Machado).

3 La cadena se continuaba. El Jefe Político de Mercedes le comunicaba a sus comisarios en el departamento: "Cueste lo que cueste, ha de triunfar el candidato del Presidente, porque así lo ordena éste telegráficamente". (Citado por Machado).

4 El ejército de línea era otro instrumento infalible para el fraude. Por precepto constitucional, los soldados no podían votar. Pero lo hacían, y siempre, claro está, en favor de las listas oficiales: "...se les da de baja para que voten y se les vuelve a enrolar en seguida". (Citado por Machado).

¿Qué ideología tenían nuestros dos partidos?

Digamos unas palabras en relación con la ideología de nuestros partidos políticos.

UNA MISMA IDEOLOGIA: EL LIBERALISMO

En otro pasaje ya sostuvimos que ambos por igual fueron signados por la ideología liberal. Antes de proseguir, hagamos una reflexión, quizá innecesaria a esta altura: esa identificación ideológica opera sobre todo para el elemento doctoral; los caudillos no tuvieron tal preocupación, aunque su acccionar devela que no fueron impermeables a ella.

¿Cómo definir en pocas palabras el liberalismo del siglo XIX? Tal vez así: a partir de la noción de libertad, se la quiere ejercer en todos los planos (político, religioso, económico). El liberalismo hace hincapié en los derechos del individuo, en el progreso material alcanzado a través de la evolución y las reformas; propone la secularización de la vida social, y sostiene para la enseñanza el laicismo. Adhiere por último a la noción de Estado "Juez y Gendarme", es decir prescindente en cuanto a la intervención en la dirección de la economía y del orden social.

Estos eran los postulados generales. Algunos, como sabemos, fueron inalcanzables para nuestro país en la pasada centuria. Pero en ningún momento blancos o colorados procedieron a negarlos o a suplantarlos.

Esta misma matriz ideológica la tenían ya los Constituyentes del 30, que alternaban en ambos pre-partidos, o lo harían próximamente por igual en los bandos. Fue también la matriz del principismo, nutrido por doctores blancos y colorados.

DIFERENCIAS DE MATICES ENTRE BLANCOS Y COLORADOS

No faltaban, por cierto, los matices. El momento de mayor divergencia lo constituyó la Guerra Grande. El núcleo doctoral del Cerrito no negaba en absoluto los principios del liberalismo; sí la versión de éste que florecía en la Montevideo sitiada. Alguno de sus miembros, es cierto, tenía cierta inclinación por el principio de autoridad de estilo español; por ejemplo, Carlos Villademoros.

Del liberalismo colorado de la Defensa, diremos que la asimilación automática de las categorías europeas lo llevó a aceptar la falsa dicotomía entre civilización y barbarie. Fue el germen de una versión del liberalismo, el "liberalismo rioplatense", que llevó aquella falsa dicotomía hasta el paroxismo con la guerra del Paraguay.

No hubo entonces, verdaderamente, controversia ideológica. El liberalismo fue la matriz común, un punto de referencia, pero nunca una camisa de fuerza paralizante. "La vitalidad de los nuestros (se refiere a los partidos) supervivientes a todas las crisis, tiene una clave en su enorme ductilidad, en el arte con que lograron, sin servir los odres, mudarles sus contenidos, en la sabiduría de su sincero acomodamiento. Acaso la misma angostura de su substancia ideológica haya sido un factor dinámico para procesar con rapidez y sin turbaciones, los cambios referidos por la necesidad o la mera ocasión". (Bruschera).

"La lucha no estaba entablada entre clases antagónicas, sino entre facciones de una misma clase. No podían, por lo tanto, esgrimir coherentemente ideologías opuestas, porque no había en sus intereses otra cosa que pequeñas variaciones en cuanto a la oportunidad de ejercitar en toda su plenitud los principios del liberalismo". (Licandro).



La vitalidad revolucionaria de los blancos.

Tres cuestiones finales:

Por último, mencionaremos someramente tres cuestiones relativas a la caracterización de nuestros partidos en el siglo XIX.

1.-Los partidos y el artiguismo

En primer lugar, fueron consecuencia de la derrota del proyecto artiguista. Encarnaron por eso, en su origen, las contradicciones derivadas de ese hecho.

A título de ejemplo digamos que sobre la capital cuestión de la tierra, el primer gobierno de Rivera y el de Oribe mantuvieron una misma línea de conducta: desmontar lo que quedaba del programa agrario del Protector.

Cuando Artigas comience a ser reivindicado en la historiografía uruguaya por hombres de ambos partidos, lo será a título de fundador de una "nacionalidad" que, bien mirada, era otra muestra del fracaso de su proyecto.

Se lo convirtió en el punto superador de la discordia (porque era anterior a ella), pero despojado de sus profundos contenidos.

2.-Los partidos y la Iglesia

En segundo término, no operó en nuestro caso, como factor diferenciador de ambas colectividades políticas, un elemento que en otras partes del continente fue un divisor determinante: la actitud frente a la Iglesia.

En ello seguramente incidieron con fuerza, tanto las características de la sociedad oriental, como las inherentes a las de nuestra Iglesia, derivación lógica de las primeras.

Nuestra Iglesia no era fuerte. Fue la más débil de América. No poseyó en grado significativo tierras. No tuvo prácticamente indígenas que evangelizar. Es decir, careció de un sustrato económico y social con el cual convertirse en un indiscutido factor de poder.

Y como corolario, fue evidente la debilidad numérica y teológica de su clero, que era escaso y –salvo excepciones destacadas– poco instruido.

La política de secularización (es decir la absorción por parte del Estado de funciones que en un momento fueron desempeñadas por la Iglesia) fue constante a partir de la segunda mitad del siglo.

En ella se involucraron hombres y gobiernos de ambos partidos. Desde Pereira y Berro durante la "fusión", hasta el santismo ya identificado con lo colorado.

Ninguno de nuestros partidos quebró lanzas para oponerse a la secularización. Episodios como el de la revolución de Flores y su presunta defensa del catolicismo agraviado, entran más en el terreno de lo anecdótico y circunstancial que de lo definitorio.

3.-Los partidos y el sindicalismo

Por último, y en tercer lugar, blancos y colorados no entendieron ni asumieron el fenómeno obrero, ya presente en el último cuarto de siglo en el país. El sindicalismo, una de las manifestaciones más palmarias de ese fenómeno, no encontró cabida ni respuesta apropiada en nuestro marco partidario tradicional.

BIBLIOGRAFIA

– "Historia de los Partidos y de las Ideas Políticas en el Uruguay", de Juan E. Pivel Devoto, ed. Río de la Plata, Montevideo 1956.
– "Proceso Histórico del Uruguay", de Alberto Zum Felde, ed. ARCA 1972.
– "Historia de los Orientales" de Carlos Machado, ed. Banda Oriental 1972.
– "Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco", de José P. Barrán, ed. Banda Oriental 1975.
– "Guerra y Revolución en la Cuenca del Plata", autores varios, Cuadernos de Marcha Nº 5, Montevideo, setiembre de 1967.
– "El Militarismo", autores varios, Cuadernos de Marcha Nº 23, Montevideo, marzo de 1969.
– "La Revolución del Quebracho", recopilación de cronistas varios, Cuadernos de Marcha Nº 54, octubre de 1971.
– "La Revolución del 97", recopilación de artículos periodísticos y documentos varios, Cuadernos de Marcha Nº 55, noviembre de 1971.
– "Los Principistas", Juan A. Oddone y recopilación de documentos varios, Cuadernos de Marcha Nº 58, febrero de 1972.
– "Latorre, la Revolución Tricolor y el Militarismo", Juan E. Pivel Devoto y recopilación de documentos varios, Cuadernos de Marcha Nº 59, marzo de 1972.
– "La Historia Política", Enciclopedia Uruguaya Nº I por Carlos Real de Azúa.
– "La Evolución Económica", Enciclopedia Uruguaya Nº III, por Luis C. Benvenuto.
– "Portugos y brasileños", Enciclopedia Uruguaya Nº 6, por Tabaré Melogno.
– "Los Porteños", Enciclopedia Uruguaya Nº 11, por José M. Traibel.
– "Las montoneras y sus caudillos", Enciclopedia Uruguaya Nº 13, por Julio C. Rodríguez.
– "Los patricios", Enciclopedia Uruguaya Nº 14, por Claudio Williman (h).
– "La Independencia y el Estado Oriental", Enciclopedia Uruguaya, Nº 16, por Alfredo Traversoni.
– "Divisas y Partidos", Enciclopedia Uruguaya Nº 17, por Oscar H. Bruschera.
– "Civilización y Barbarie", Enciclopedia Uruguaya Nº 18, por Hugo Licandro.
– "Las guerras civiles", Enciclopedia Uruguaya, Nº 19, por Washington Lockart.
– "Principistas y Doctores", Enciclopedia Uruguaya Nº 21, por Alba Mariani.
– "Latorre y el Estado Uruguayo", Enciclopedia Uruguaya, Nº 22, por José P. Barrán.
– "Masones y Liberales", Enciclopedia Uruguaya Nº 27, por Manuel Claps.
– "Los grandes negocios", Enciclopedia Uruguaya Nº 29, por Julio C. Rodríguez.
– "Saravia: el fin de las guerras civiles", Enciclopedia Uruguaya Nº 30, por Washington Lockart.

PRIMERA SERIE:
LAS GRANDES LINEAS DE NUESTRO DESARROLLO HISTORICO

1. LOS ORIGENES. HACIA LA REVOLUCION ARTIGUISTA. Elisa Gómez.
2. LA REVOLUCION POPULAR ARTIGUISTA (1811-1829). Cristina Martínez y Carlos Alcoba.
3. EL NACIMIENTO DEL URUGUAY. LAS DIFICULTADES DE SU CONSOLIDACION. (1830 a 1870). Roger Geymonat y Alejandro Sánchez.
4. EL URUGUAY SE MODERNIZA. LA IMPLANTACION DEL CAPITALISMO. (1870-1904). Cecilia Revello y Alberto Correa.
5. BATLLE. EL REFORMISMO Y SUS LIMITES (1904-1933). Milita Alfaro y Carlos Bai.
6. EL GOLPE DE ESTADO DE TERRA Y LA TRANSICION AL NEOBATLLISMO. (1933-1947). Rodolfo Porrini y Alexis Schol.
7. EL NEOBATLLISMO (1947-1958). Rodolfo Porrini y Alexis Schol.

SEGUNDA SERIE:
TEMAS CLAVES PARA LA COMPRENSION DEL URUGUAY

8. EL DERRUMBE DE LA SUIZA DE AMERICA. EL PACHEQUISMO Y EL GOLPE MILITAR Milita Alfaro.
9. LOS PARTIDOS POLITICOS. (1a. Parte). Fernando Aparicio
10. LOS PARTIDOS TRADICIONALES EN EL SIGLO XX. Antonio Souto y Juan Toni.
11. EL FORTALECIMIENTO CRECIENTE DEL ESTADO URUGUAYO. Ema Zaffaroni y Alfredo Decia.
12. LA IZQUIERDA EN EL URUGUAY. Fernando Aparicio.
11. LOS PARTIDOS DE IDEAS. Fernando Aparicio
12. EL ESTADO URUGUAYO. Ema Zaffaroni y Alfredo Decia.
13. EL EJERCITO. Su carácter y papel a lo largo de la historia. Selva López.
14. LA POBLACION URUGUAYA. SU FORMACION EN LAS DISTINTAS EPOCAS. Andrea Daverio, Roger Geymonat y Alejandro Sánchez.
15. LA ECONOMIA URUGUAYA. GRANDES LINEAS DE NUESTRA EVOLUCION ECONOMICA. Cristina Rebella y Alba Suárez.
16. LAS CLASES SOCIALES. COMO SE ESTRUCTURO LA SOCIEDAD URUGUAYA. Fernando García.
17. LAS CLASES DOMINANTES. SU PAPEL EN LA VIDA POLITICA NACIONAL. Cristina Martínez y Carlos Alcoba.
18. LAS CLASES POPULARES Y MEDIAS (1a. Parte). Rodolfo Porrini y Yamandú González
19. LAS CLASES POPULARES Y MEDIAS (2a. Parte). Rodolfo Porrini y Yamandú González.
20. LATIFUNDIO Y REFORMA AGRARIA. LOS DUEÑOS DE LA TIERRA URUGUAYA. Alexis Schol.
21. CIUDAD Y CAMPO. Las dos caras del Uruguay. Gloria Galván.
22. LOS IMPERIALISMOS EN EL URUGUAY. Cómo deformaron al país y lo hicieron dependiente. Olga Bertrand y Marta Licio.
23. EL URUGUAY EN EL MUNDO. LA RELACION CON SUS VECINOS; PANAMERICANISMO Y LATINOAMERICANISMO; REPERCUSION DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS MUNDIALES. Lincoln Bizzozero y Carlos Luján.
24. LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN EL URUGUAY. Francisco Bustamante.
25. LA HISTORIA CULTURAL Y ARTISTICA DEL PAIS. Ema Zaffaroni.
26. QUE FUE Y QUE DEBE SER EL URUGUAY: DIFERENTES PROYECTOS Y CONCEPCIONES DE PAIS; SU VIABILIDAD COMO TAL; LA INTEGRACION COMO DESTINO. Mariela Amejeiras y Leonor Piñeyro.

Próximo fascículo:

Los partidos tradicionales en el siglo XX
Antonio Souto y Juan Toni
Aparece el mércoles 6 de mayo